

CENIT

*sociología —
ciencia — literatura*

Sumario

En el 48 aniversario del asesinato de Francisco Ferrer Guardia. — **E. Armand:** Digresiones sobre el recuerdo, las memorias, etc. — **A. Respaut:** J. M. Guayou «La irreligión del Porvenir (estudio sociológico)». — **Georges Woodekock:** William Godwin. — **Victoria Zeda:** La tarea abúlica. — **Fontaura:** Encuesta internacional de CENIT. — **Floreal Ocaña:** Tribuna de libre discusión. Lo que importa reconocer: Nuestro poder de decisión. — **Campio Carpio:** Nuestra revolución. — **Francisco Olaya:** El informe Krutchev. El genio militar de Stalin. — **Gérard de Lacaze-Duthiers:** Manuales e intelectuales. La unión de los trabajadores hará la paz del mundo. — **Sebastián Faure:** Frente al público (folletón encuadernable).

Octubre
1957

872

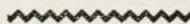
Revista Mensual

PRECIO: 90 FR.



Imprenta de Madrid

NUESTRA PORTADA



En este mes de octubre de 1957 se cumplen 48 años del asesinato legal de Francisco Ferrer Guardia, fundador y animador de la Escuela Moderna en España y una de las más augustas víctimas de la libertad del pensamiento en todo el mundo.

Ferrer Guardia fué condenado a muerte y ejecutado, víctima del odio político y del fanatismo religioso de los que en él veían un peligro para sus privilegios en España. Su lucha contra el obscurantismo, creando una pedagogía nueva e introduciendo en nuestro país métodos de enseñanza repudiados por la reacción y el clero, le señalaban desde tiempo al furor destructivo de los que constituían y constituyen el alma negra de España. Los sucesos de 1909 en Barcelona, fueron el pretexto de que se valieron el ejército, que le odiaba por su labor antimilitarista; el clero, por su propaganda antireligiosa; la burguesía, por haber sido uno de los primeros en propagar la huelga general, financiando incluso la aparición del periódico que, con este título, publicó a principios de siglo José López Montenegro; la aristocracia, y sobre todo el rey Alfonso XIII, porque estaban convencidos de que había sido él que inspirara el atentado de la calle Mayor de Madrid, en ocasión de la boda de los reyes Victoria y Alfonso, para vengarse y suprimir un enemigo temible.

Pero, muerto, Ferrer ha sido más grande y más temible todavía que vivo. Su nombre es símbolo de grandeza moral y de valor humano. Su muerte, serena y heroica, aureolada por el nimbo de su inocencia, lo ha hecho entrar en la historia por la puerta grande.

Esta foto, casi inédita, le muestra rodeado de sus verdugos, bajando del coche celular a la puerta del edificio en que se celebraba el Consejo de Guerra.

¡Llor eterno a las víctimas de la tiranía y del obscurantismo!
¡Eterna maldición para sus asesinos!

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evello G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VII

Toulouse, Octubre 1957

Nº 82

EN EL 48 ANIVERSARIO DEL ASESINATO de FRANCISCO FERRER GUARDIA

EL MARTIRIO DE F. FERRER

W. Heaford publica en la «Libre Pensée Internationale» la siguiente carta de Francisco Ferrer y Guardia, escrita diez días antes de su muerte. La reproducimos textualmente porque constituye una requisitoria terrible contra sus asesinos: «Cárcel Celular, cuarta galería, núm. 301.

Barcelona, 3 de octubre de 1909.

Mi querido amigo Heaford:

Ante todo, permitame mi gozo de poder escribirle, pensando en usted, en la señora Heaford y en Arturo, nuestro joven amigo. Pienso también en la familia Tarrida, a quienes, le ruego, lea esta carta. Ahora es necesario que le pida el favor de mandarme cuantos periódicos y diarios esté en su mano mandarme y en los cuales se hable de los sucesos de Barcelona o de mí mismo y que podrían interesar a mi abogado. Es urgente porque será juzgado dentro de breves días. Hasta ahora no he leído nada desde hace dos meses. Incluso actualmente no puedo leer nada porque no tengo ni un «half-a penny» para comprarme un periódico. Quiero explicarle todo, no sin decirle antes que mi abogado cree en la absolución, pues está convencido, como yo, de mi inocencia. Pero mis enemigos son numerosos y poderosos y, lo que es peor, están cegados por el odio religioso.

Pequeña historia de mi proceso:

Me encontraba tranquilamente en Mongat hacia la mitad del mes de junio con mi mujer que hacía compañía y cuidaba nuestra pobre cuñada muy delicada a causa de su enfermedad y de la pérdida de su hijita Layeta, nuestra sobrinita de ocho años. Yo me reposaba y pasaba, debo decirlo, muy bellos momentos leyendo los seis libros que me había traído de Londres. Los he hallado tan interesantes que he resuelto hacerlos traducir y publicarlos después de haber pedido, naturalmente, la autorización a sus editores o autores. Los seis están recomendados, creo por la Liga de Instrucción Moral (Moral Instruction League). No me acuerdo bien si es éste el título exacto. En suma, es gracias a las revistas que usted me ha enviado a Montague Street (en

Londres), que he podido tener el gozo de conocer estos queridos libros. Hay dos, sobre todo, que me han encantado. «Childre's Magic Garden?», de Alice... «Magic Garden's Childhood?» editados por Collins and Sons, podrán ser publicados en español, suprimiendo solamente un cuento sobre Santos Claus, que no considero bueno para los niños. Quizá los dos volúmenes (primera y segunda serie) de Gould's Moral Lessons, los cuales son también buenísimos, exceptuando donde se habla de Cristo, poco, desde luego, pasajes que suprimiré simplemente. En ciertos puntos incluso será necesario poner notas editoriales no estando enteramente de acuerdo con el autor. Pero la diferencia de ideas no es muy grande.

Después están los dos volúmenes de cuyos títulos no recuerdo, destinados a los maestros. «The Teacher's Handbook of Moral Lesson» es de Walgrave. Es admirable y con un fondo filosófico de la más alta importancia. Puede ser publicado sin ninguna nota. El otro es de Reid; tiene un carácter demasiado inglés, pero con notas editoriales podrá ser publicado por la Escuela Moderna de Barcelona.

(¿Dónde están ahora aquellos amados libros, anotados por mí y preparados para ser traducidos, después de las pesquisas y los secuestros en el Más Germinal? Pienso encontrarlos un día).

De Mongat iba voluntariamente y una vez por semana a Barcelona para visitar mi casa editora, Cortes, 59, la que me daba muchas preocupaciones, absorbiendo casi todas mis rentas, de lo que desde luego no me lamento; en qué cosa podría mejor emplearlas sino publicando libros que he publicado y aquellos como los seis de los que le he hablado, que pienso publicar en lo porvenir? ¿Existe acaso un placer más grande en la vida que el poder procurar a los semejantes el medio de desarrollar su inteligencia hacia el bien, hacia lo bello, la paz y la solidaridad? Absorbido, pues, por esta idea y de sostener la casa: Publicaciones de la Escuela Moderna, pese a todos los inconvenientes y contrariedades que los enemigos y ¡ay de mí! incluso amigos me procuran había decidido la publicación ilustrada del

último libro de Kropotkine, intitulado: «La Gran Revolución» (1789-1793). Por razones económicas era necesario que esta publicación se hiciera en seguida después de la de «El Hambre y la Tierra», de E. Reclús, que debía estar terminada en agosto.

Había obtenido de un gran dibujante, Kupka, la promesa de hacer los dibujos y de encargarse de la dirección artística de la obra. El lunes 26 de julio iba pues a Barcelona con los primeros dibujos recibidos para el prospecto que debía hacerse y me halló frente a la nueva huelga general de protesta contra la guerra. Yo no había oído hablar de ello antes de aquel día. Pasé la jornada entera visitando al impresor (dos veces), al fabricante de papel (dos veces), un librero y a mi oficina, con un fabricante de clichés, convocado para ello mediante una carta mía.

A las seis y diez me proponía volver a Mongat, cuando, en la estación se me dice que la línea de ferrocarril, siendo interrumpida, no había trenes. Vuelto de casa del impresor, voy a almorzar, siempre solo, y después de haber estado en busca de Litrán para darle cuenta de los pasos dados por mí, fui a pie a Mongat donde llegué a las cinco de la mañana, donde me proponía quedar hasta el final de la huelga para volver luego a Barcelona y hacer imprimir el prospecto del libro de Kropotkine, que deseaba fuese terminado para la primera semana de agosto. Pero, he aquí que, dos días después, empieza a correr el rumor que era yo el organizador de la huelga general y de todo lo demás. Una persona venida de Alella, mi pueblo natal, a tres kilómetros de Mongat, nos hace saber que había oído a una criada en una droguería, decir que me había visto en Premiá, al frente de un grupo de hombres que estaban quemando un convento. Aunque no estuve en Premiá ni participado en el incendio de ningún convento, aconsejado por Soledad creí prudente esconderme en lugar seguro durante algunos días con intención de reaparecer cuando los nervios fueran calmados y me fui a casa de amigos donde he permanecido escondido durante cinco semanas, desde el 29 de julio hasta el 1 de septiembre.

Pero sufría mucho leyendo en los diarios las acusaciones contra mí sin poder responderlas ni aun poder decir que vivía. Finalmente, no pude resistir más, cuando el 29 o el 30 de agosto, leí que Ugarte, el fiscal del Tribunal Supremo, había declarado que resultaba de su instrucción hecha en Barcelona que era yo, Ferrer, el director del movimiento revolucionario de Barcelona. Entonces decido presentarme al juez, que me reclamaba y dejo mi refugio. Desgraciadamente encuentro el Somatén de Alella que por orden recibida vigilaba la carretera y me detiene, rechazando llevarme al juez como yo se lo pedía; fué al gobernador que me condujeron. Eran cuatro individuos, dos de los cuales malísimos, sobre todo uno, llamado Bernadas de Miralta, que había jugado conmigo cuando éramos muchachos, el cual me ató los brazos bien fuertemente atados y me amenazó diversas veces en matarme. Apuntaba contra mí su carabina diciéndome que había oído decir por todas partes y leído en los diarios que yo era la persona peor del mundo. Era la una de la madrugada; me condujeron al Municipio, acompañado por otros elementos del Somatén que se unieron a nosotros; yo los conocía a todos, siendo del mismo pueblo.

Nosotros quedamos allí hasta las siete y durante este tiempo discutimos de política, religión y sociología, porque, entre los del grupo había un joven bastante culto. Me sentía bien, después de haber estado durante cinco semanas sin poder hablar una sola palabra en voz alta, ni toser, ni, in-

cluso, a veces, respirar, por temor de descubrirme. En un momento dado tuve sed y pedí agua fresca para beber. Me trajeron un botijo desbordante que daba placer nada más que el verlo. Pido a Bernadas de desatarme para que pudiera beber. Rechaza. Le hago comprender que no estoy armado y que estoy entre doce personas provistas de carabina. Rechazo yo ahora y digo que se lleven el botijo, al que no toqué. Entonces reanudo la conversación comentando ese hecho tan inquisitorial y explicando que cuando los hombres estén saturados de las ideas difundidas por la Escuela Moderna, no se hallará ni un solo Bernadas, ni aun en sueños. Llego a Barcelona a las ocho y media y soy conducido al gobernador, Crespo Azorín, quien me recibe cortesmente y se limita a preguntarme dónde me había refugiado. Le contesto de excusarme si no denuncio, por delicadeza, la familia que se había portado tan bien conmigo. Replica que a pesar de comprender bien mi delicadeza, no excusa a la familia de haber desobedecido a la ley. Entonces me ha hecho un pequeño discurso de altísimo significado, sosteniendo que la lectura de las obras de la llamada Escuela Moderna podía ser uno de los principales orígenes de los desórdenes. ¡Yo era, pues, culpable! Me ha enviado a la jefatura de policía, donde he sido medido (sistema Bertillon), y, cosa que les está prohibida a todos los empleados, me fueron sacados todos mis vestidos, zapatos y sombrero, dándome, en su lugar vestidos comprados en un bazar, un traje de 14 pesetas, comprendiendo una americana para un jovenzuelo de 18 años, un chaleco tan pequeño que no puedo abotonarlo, un par de pantalones largos de 75 centímetros, estrechísimos, y una boina de apache. Es así que he tenido que presentarme ante el juez que me ha puesto en la cárcel. Aquí he sido internado en una celda secreta repugnante, fétida, fría, húmeda, sin aire ni luz, en el subsuelo de la prisión donde tiene uno que volver la cabeza por fuerza. En la celda (ocho pies por trece) una mala mesa hace las veces de cama, con un jergón, una manta y una sábana, todo ello sucio, nauseabundo. Un recipiente para el agua sucia y un jarro de agua para beber. Es imposible dormir a causa del frío y sobre todo de los animalitos que pululan y que, por la noche, asaltan mi cuerpo por todas partes. Tomadas las precauciones a partir de esta primera noche, de dejar trocitos de pan en los cuatro ángulos de la celda, y así, los escarabajos no, pero las otras bestezuelas me dejarán tranquilo. Como alimentos, dos veces al día siempre la misma sopa de garbanzos por la mañana, de guisantes por la tarde, siempre el mismo aldo y siempre en la oscuridad y en la imposibilidad de poder lanzar los trocitos de tocino rancio, que me hacían casi vomitar. Necesitaba tener el buen estómago que tengo para resistir todo eso y una gran voluntad para no dejarme abatir.

He pedido un cantarito con agua para lavarme la cara y las manos. Lo he alcanzado solo seis días después. He pedido jabón; pero, como la policía ha retenido el dinero, no he podido obtener, hasta que a fuerza de protestas de mi parte, el administrador de la cárcel, don Benito Nieves, una persona afable, me ha dado un trozo del suyo y luego me ha regalado otro trocito. Para combatir el frío y el enojo de no poder leer, ni hablar ni ver a nadie, paseaba en la celda, como una fiera, hasta sudar.

Quando vi que mi aislamiento se prolongaba, pedí cambiarme de ropa interior (el 11 de septiembre; estaba en prisión desde el 1), porque no podía vivir ya más con una tal suciedad sobre mí y en torno mío. No he tenido ropa limpia hasta el 23; el 1 de octubre se levantó mi estado de

prisionero incomunicado; el juez me dijo que podía disponer del dinero que se me había secuestrado.

Entonces, pedí papel, diarios, y escribí un telegrama para Soledad que el administrador se encargó de pagar en espera del dinero del juez.

Ayer se me devuelve el telegrama, enviado a Huesca por error del director; se me dice que el juez, no habiendo depositado el dinero no puedo hacer reexpedir el telegrama a Teruel, donde, me dice el juez, se halla mi familia. No puedo ni siquiera tener diarios ni saber nada. ¡Maldito día el de ayer! ¡No poder ni siquiera comunicar a Soledad ni a los amigos, una palabra, una sola palabra! No quiero narrarle los inconvenientes de mi nueva habitación; sí, actualmente tengo un poco de sol y bastante luz, tengo también, en demasía, tantos diminutos compañeros conmigo, que les he declarado una guerra de exterminio; no sé si lograré vencerla...

Pasemos ahora a mi proceso. He sufrido mi primer interrogatorio con el juez de Instrucción don Vicente Olivina y Fernández, un comandante de semblante honradísimo y sin prejuicios, deseoso de conocer la verdad, nada más que la verdad. No lo he visto más.

Mi segundo interrogatorio, el 9, fué hecho por mi nuevo juez, don Valerio Raso, un comandante también, y según lo que se me ha dicho es una buenísima persona; pero, ¡qué diferencia! He creído ver en él otro Becerra del Toro; pero, vayamos adelante... Paso por encima de muchas particularidades que le contaré de viva voz para llegar a las conclusiones que han sido formuladas hoy, con la lectura de la calificación fiscal, que me considera como el director de la rebelión, de los robos, de los incendios y de todo, pidiendo no sé cuantas veces la pena de muerte contra mí. He quedado estupefacto al escuchar esta lectura. Habíamos apenas terminado de leer el encarto con mi abogado y el juez, en el cual no puede haber nada que pruebe que yo haya tomado parte en nada de cuanto se me acumula, puesto que yo no he hecho nada.

Sí, hay declaraciones de no pocos republicanos que dicen

creer que yo fuera el director de todo, así como que es la Solidaridad Obrera que inició la huelga, y como sea que yo paso, sin ser verdad, por haber intervenido en las cosas de la Solidaridad Obrera, deducen mi responsabilidad. Pero no son más que «se dice», suposiciones, resultado del odio concebido contra mí a causa de la guerra que ha habido entre «El Progreso» y Solidaridad Obrera. Es una cosa infame por parte de los republicanos. Pero, en fin, todo eso no prueba nada.

El único indicio que exista contra mí, es un comunicado de la policía de Barcelona, el cual declara que yo soy el jefe de los anarquistas del mundo entero y que mis viajes a Londres, París, Lisboa, o donde quiera que sea tienen por único objetivo la preparación de los atentados, la declaración de las huelgas y de todas las rebeliones. Habrían podido añadir:... «del cielo, de la tierra y del infierno». Es cosa grotesca pero no alegre para mí, porque si los jueces fuesen de la misma opinión que el fiscal... entonces, ¡buenas noches a todos!

El abogado me ha dicho que no debo dar importancia a esta calificación. El juez ha apoyado la opinión del abogado, pero... pero...

Hasta otra, queridos míos; ahora estoy cansado y los diminutos amigos de la celda empiezan a abusar de la paz en que les he dejado tanto tiempo. Vienen hasta espiar lo que escribo sobre el papel.

De todo corazón con vosotros.—Francisco FERRER.

P.S. He olvidado decirles que no se me ha querido dar un cepillo para los dientes y dos pañuelos; no puedo obtener nada, ni mío ni de casa.

El juez acaba de decirme que hará depositar para mí un poco del dinero que me ha sido secuestrado.»

¡Qué añadir a estas patéticas líneas, a través de las cuales se respira la total inocencia de Ferrer! Su martirio ha hecho de él una de las grandes figuras universales víctimas de la intolerancia religiosa y del odio político.



Digresiones sobre el recuerdo, las memorias, etc.

La ventaja de la buena memoria, es que se goza varias veces de las mismas cosas por la primera vez...
Federico NIETZSCHE.

PARECE, a simple vista, que a medida que se avanza en edad, es normal que se acumulen los recuerdos. Pensando en esto, he considerado mi propio caso. El año próximo, en marzo 1958, doblaré (o no doblaré, ¿quién puede responder del porvenir?) el cabo de los 86 años. Mis amigos me aseguran que es una edad «venerable». Quiero creerles; pero pido a mis lectores que piensen que ello no me produce ninguna clase de vanidad. Voy, pues, al motivo de este artículo, un poco descosido (pido por ello excusas). Se me ha sugerido la conveniencia de que redacte «Mis memorias», pero, ¿qué hay que entender con estas palabras? Jamás he redactado un Diario, ni íntimo ni de ninguna especie. Siempre propagandista en la brecha, me ha faltado evidentemente el tiempo para tomar nota de forma detallada de los acontecimientos que se han sucedido en el curso del medio siglo — y algunos años más — a lo largo del cual se ha desplegado mi actividad.

Por ejemplo, parisién, he crecido en París, he habitado en él con frecuencia, pero he vivido también en provincias e incluso lejos de las fronteras de Francia. Muchas veces las conferencias que he dado me han alejado de mi lugar de residencia (sólo a título recordatorio hago mención de mis estancias en la cárcel o en libertad vigilada). Todo este pasado me parece sumergido, sepultado en una bruma opaca de la que no logro disipar el espesor. Me siento diferente de lo que era hace veinte años, treinta y cinco, cincuenta años. Mi óptica es otra. No recuerdo exactamente los lugares que me abrigaron, los muebles que ocupaban esos lugares. He olvidado la composición de la miserable pitanza que se nos concedía cuando éramos los huéspedes del Estado; también he olvidado la fisonomía de los distribuidores de años de cárcel y hasta el tono de las vociferaciones de los vigilantes de la administración penitenciaria cuando, a la hora del paseo, gritaban: «¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha!» Y lo que es peor, es que percibo apenas los semblantes de amigos, de compañeros desaparecidos, y algunos de los cuales me son muy queridos. Sólo distingo de ellos una imagen floja, cada día menos acusada. ¡Y ello me hace sufrir!

Me hago el efecto de un viajero que escala una colina, pero con dificultad siempre creciente. De vez en cuando, me detengo, me vuelvo y no percibo más que un conjunto confuso de cosas y de seres agitados de un movimiento del que

con mucho esfuerzo consigo apenas desentrañar las fluctuaciones. A veces, un resplandor surge de este magma; una reminiscencia, de tal sitio, de tal ser, que invade enteramente mi horizonte; todo el resto ha desaparecido.

Por lo demás si hubiese redactado mis «Memorias», ¿en qué habrían consistido? ¿A exponer juicios sobre el comportamiento, en ciertas ocasiones, de aquellos que yo hubiese frecuentado? ¿Y recurriendo a qué criterio? He remarcado que siempre juzgamos los actos de los otros en relación únicamente con nosotros, con nuestro temperamento, con nuestro concepto de la vida. Nos preocupamos muy poco de la idea que tienen los demás de sus actos. En tal o tal circunstancia, pensamos nosotros, he aquí cómo yo hubiera obrado; sin embargo, aquel a quien juzgamos (?) se ha conducido de manera muy diferente a como lo habíamos hecho nosotros (según nosotros imaginamos). Es simplemente porque es «otro» que nosotros. Con frecuencia incluso, cuando se trata de un propagandista, no nos referimos ni a sus profesiones públicas; le juzgamos de acuerdo con nuestras teorías, nuestras exposiciones. Para poder emitir un juicio sobre los gestos de otro, convendría «meterse dentro de su piel», según expresión popular. Y es lo que no ocurre. ¿Quién, pues, te ha dado, me ha dado, el poder de juzgar a los demás? Desde otro punto de vista, mi larga experiencia me ha mostrado que era raro, muy raro, encontrar sobre la ruta un «alter ego», otro uno mismo — un alma hermana, si lo preferis —, un amigo que os sea fiel a pesar de las variaciones de la temperatura social. Si nos hubiésemos dado cuenta de esta escasez, ¡cuántas desilusiones y cuantos rencores habríamos evitado!

He rozado muchos seres en el curso de mi paseo prolongado por el tiempo. De humildes y de renombrados. ¿Preciso enumerarlos todos? Charles Gide, el defensor del cooperativismo, que asistía a las charlas que tenían lugar en la pieza que entonces yo ocupaba, calle François-Miron, en París, a comienzos de siglo; Eliseo Reclus, la bondad personificada, al que reencontré muchas veces en Bruselas (recuerdo una comida en un restaurant plaza des Sablons, donde tratamos a fondo la cuestión del vegetarianismo); Domela Nieuwenhuis, el animador del «Vrije Socialist» (al que yo encontraba muy atraído por el budismo, si mis recuerdos son exactos); los anarquistas tolstoyanos Felix van Orlt, van Mierop, van Rees, y van Eeden, que no pertenecía a su grupo; todo esto en el curso de mis viajes por los Países Bajos.

Y he aquí una velada pasada en Ginebra, en casa de Jacques Gross, en la cual estuvieron presentes miembros de la vieja Federación Jurasiana. (En la biblioteca percibo un magnífico ejemplar de «Leaves of grass» adornado de una

soberbia dedicataria de la mano misma de Walt Whitman.) Y los otros: se presentan en multitud, cada uno con sus opiniones: Carlos Albert (en su casa, parque Montsouris); James Guillaume (en casa del editor Stock); Jean Marestan (en París y con frecuencia en Marsella); Fortunato Henry, G. Butaud, Sofia Zaikowska. Y he aquí aún los naturistas: Gravelle, mi buen camarada Henri Zisly. Y los neomalthusianos. Y los que olvido — por ejemplo Eugen Relgis —. Y no encuentro más que una palabra a dedicar a mi amigo Benjamín R. Tucker, verdadero arquetipo del anarquista filosófico americano, seguro de sí mismo. Y a Sebastián Faure, con el que siempre acababa poniéndome de acuerdo!

¡Olvidar a Albert Libertad, sería imperdonable! Me parece asistir todavía a una de sus reuniones en el barrio de Clignancourt; el auditorio estaba literalmente suspendido de los labios de ese lisiado, que sólo marchaba ayudándose de mulletas; su frente estaba cubierta de sudor... Libertad, «L'Anarchie», que él había fundado y todo el movimiento que de ese periódico surgiera. En sus buenos tiempos, era un semanario compuesto, impreso y tirado por compañeros en el lugar mismo de su publicación, calle del Caballero de La Barre, local en el que tenían lugar charlas sobre toda suerte de temas. Allí conocí, entre otros, a Kibaltchiche, alias «Le Rétif», alias «Victor Serge», devenido mucho más tarde discípulo de Trotsky y autor conocido.

Y mis publicaciones personales: desde «L'Ere Nouvelle» de 1901 hasta «L'Unique», de 1945, pasando por «Hors du troupeau», «Les Réfractaires», «Par delà la mêlée», «L'En Dehors», y su larga carrera. ¿Cómo ha podido vivir todo esto, continuar, abrirse un camino? Recuerdo el tiempo en que, asalariado mal retribuido o ejerciendo algún oficio poco remunerador, debía realizar grandes esfuerzos para arrancar los dos francos de entonces a los suscritores que se interesaban por mi propaganda. Ciertamente, esto cambió con el tiempo y «L'En Dehors» y «L'Unique» acabaron por bastarse a sí mismos. ¡Pero no fué sin pena!

Sí, ¡cuántas figuras desvanecidas, hundidas en la nada! Y sin embargo, estoy convencido que estos hombres y mujeres no escribieron ni hablaron nada en vano. Porque hubo también mujeres en ese conjunto. Que tengamos o no conciencia de ello, las ideas que todos expresaron se han infiltrado en el ambiente social y es a ellos, según creo, a quien debemos la resistencia opuesta por multitud de individuos a la coacción estatal y al gregarismo, la resistencia a la reducción del Uno a un mismo común denominador.

E. ARMAND

Trad.: F. M.



Por dos veces nos ha sido aumentado el precio del papel y tiraje de «CENIT». Hemos resistido cuanto hemos podido a aumentar el precio de nuestra querida publicación, teniendo en cuenta que todo aumento es susceptible de restarle lectores, por la penuria económica en que se desenvuelven la mayoría de nuestros amigos. Pero el tercer aumento sufrido eleva de tal forma el coste de «CENIT» que nos es imposible seguir manteniendo su precio de 80 francos.

Nos vemos, pues, en la penosa obligación de aumentar «CENIT» a 90 francos ejemplar. El descuento a paqueteros y correspondientes seguirá siendo el mismo.

El aumento será a partir del último trimestre de 1957. Sin embargo, aquellos suscriptores que ya hayan hecho efectivo su pago en el momento en que este número verá la luz pública, no sufrirán aumento hasta el número de enero de 1958.

Para aquellos que no hayan pagado o se suscriban de nuevo, a partir del 1.º de octubre de 1957, los precios de suscripción serán los siguientes: Trimestre: 234 francos; Semestre, 468 francos; Año: 936 francos.

J. M. GUYAU "La Irreligión del Porvenir"

ESTUDIO SOCIOLOGICO



PRESENTAR a J. M. Guyau (1854-1888) y su libro «La Irreligión del Porvenir» no es cosa fácil a hacer, sobre todo en pocas páginas. Hemos hecho lo que hemos podido en la selección de los textos y en el orden en que los hemos situado, a fin de dar una impresión de conjunto de las ideas más poderosas y más generales, respetando lo máximo el pensamiento del autor.

Guyau es un gran filósofo entre los grandes. Un verdadero precursor. Su talento es indiscutible, así como su vida ejemplar. Es muy conocido de los intelectuales y muy apreciado de los filósofos y de los sociólogos; la masa le conoce poco.

Su libro es una pequeña enciclopedia de 507 páginas inoctavo. Estudio sociológico de gran envergadura, profundo y tenue, bien construido. Guyau presenta las sociedades, las religiones, las filosofías, la ciencia, así como los autores que las han creado y enriquecido. Hace su historia desde la antigüedad hasta el siglo XIX. Todo lo pasa por el tamiz de su crítica; por fin, extrae conclusiones sorprendentes, atrevidas, brillantes, con rara erudición.

El título de la obra es una afirmación anticipada de tiempos futuros y una negación casi completa de los grandes principios de los tiempos pasados y presentes.

Desde la primera página, Guyau plantea así el problema concerniente a la definición de las religiones: Esta definición en unas se basa sobre todo desde el punto de vista físico; en otras desde el punto de vista metafísico; en otras en el aspecto moral; pero casi nunca tienen un **aspecto social**.

Y no obstante, dice, si lo examinamos de cerca, la idea de un vínculo social entre el hombre y las fuerzas superiores—pero más o menos semejantes a él—es precisamente lo que hace la unidad de todas las concepciones religiosas. El hombre deviene realmente religioso, según nosotros, cuando superpone a la sociedad humana en que vive, otra sociedad más poderosa y más elevada, una sociedad universal y por así decirlo cósmica. La **sociabilidad**, de la que se ha hecho uno de los rasgos distintivos del carácter humano, se amplía entonces y va hasta las estrellas. **Esta sociabilidad es el fondo durable del sentimiento religioso** y se puede definir al ser religioso como ser sociable, no solamente con todos los vivientes que nos hacen conocer la experiencia, sino con los seres imaginarios con los cuales él puebla el mundo.

Que toda religión sea así el establecimiento de un vínculo, primero mítico, más tarde místico, reuniendo el hombre a las fuerzas del universo, después al universo mismo, por fin, al principio del universo, es lo que resalta de todos los estudios religiosos; pero lo que queremos destacar es la forma precisa como este vínculo ha sido concebido.

Primero se han extendido las relaciones de los hombres entre sí, unas veces como amigos, otras como enemigos, a la explicación metafísica del mundo, de su producción, de su conservación, de su gobierno; en fin, se han universalizado las leyes sociológicas y se ha representado el estado de paz

o de guerra que reina en los hombres, entre las familias, las tribus, las naciones, como existente también entre las voluntades que se situaban bajo las fuerzas naturales y más allá de esas fuerzas.

Una sociología mítica o mística, concebida como si ella contuviera el secreto de todas las cosas, tal es, según nosotros, el fondo de todas las religiones.

Estas no son sólo antropomorfismo; son también una extensión universal e imaginativa de todas las relaciones, buenas o malas, que pueden existir entre las voluntades, de todas las relaciones sociales de guerra o de paz, de odio o de amistad, de obediencia o de rebeldía, de protección y de autoridad, de sumisión, de temor, de respeto, de abnegación o de amor; la religión es un sociomorfismo universal.

Por lo tanto, continúa Guyau, si estábamos obligados a encerrar la teoría de este libro dentro de una definición necesariamente estrecha, diríamos que la religión es una explicación física, metafísica y moral de todas las cosas, por analogía con la sociedad humana, bajo una forma imaginativa y simbólica: en dos palabras, una explicación sociológica universal en forma mítica.

Pero no quiere decir esto que la irreligión o la a-religión, que es simplemente la negación de todo dogma, de toda autoridad tradicional o sobrenatural, de toda revelación, de todo milagro, de todo mito, erigida en deber, sea sinónimo de impiedad, de desprecio ante el fondo metafísico y moral de las antiguas creencias. Ser irreligioso o a-religioso no es ser anti-religioso. Más aún, como veremos, la irreligión del porvenir podrá guardar del **sentimiento religioso** lo que hay en él de más puro. De una parte, la admiración del Cosmos y de las fuerzas infinitas que en él están desplegadas; de otra parte, la rebusca de un ideal, no solamente individual, sino social e incluso cósmico, que sobrepase la realidad actual. La verdadera religión, si se prefiere conservar este nombre, consiste en no tener religión estrecha y supersticiosa.

El desarrollo de la religión y de las civilizaciones ha sido siempre en el sentido de una mayor independencia de espíritu, de un dogmatismo menos literal y menos estrecho, de una más gran especulación.

La irreligión, tal como nosotros la concebimos, puede ser considerada como un grado superior de la religión y de la civilización misma.

No obstante, el espanto se apodera de los conservadores que temen que todo el equilibrio social esté comprometido; sin embargo, una vez más hay que decirlo, esta disminución del número de errores es precisamente lo que constituye el progreso; lo que, en cierta manera, lo define. El progreso, en efecto, no es solamente una mejora sensible de la vida; es también una mejor fórmula intelectual, es el triunfo de la lógica: progresar, es llegar a una más completa conciencia de sí mismo y del mundo, a una mayor consecuencia del pensamiento en relación de sí mismo.

Vida moral, religiosa, civil, política, han reposado sobre groseros errores: monarquía absoluta y derecho divino, cas-

tas, esclavitud; toda esta barbarie ha tenido su utilidad, pero es justamente porque ha sido útil por lo que ya no lo es; ha servido de medio para hacernos llegar a un estado superior.

La religión ha decretado que nadie puede—en la interpretación de las santas escrituras—apartarse del sentido dado por la Iglesia para buscar una explicación más clara. La fe se convierte en la renuncia del pensamiento, que abdica su libertad. Ella se impone a sí misma una regla, no solamente lógica, sino moral; eleva los dogmas por encima de todo como principios inmutables. Encierra de antemano la inteligencia en los límites precisos y le impone una dirección general con el deber de no desviarse.

Es entonces cuando la fe se opone verdaderamente a la creencia científica, a la que, en sus orígenes, substituyó.

Guyau evidencia aquí el conflicto entre la fe y la ciencia. El librepensamiento y la Ciencia no considerarán jamás una cosa como verdadera más que hasta nueva orden y en tanto que no es seriamente puesta en duda por nadie. La fe dogmática, por el contrario, afirma como verdadero, no lo que es incontestado, sino lo que, según ella, es un derecho incontestable, lo que se coloca por ello mismo por encima de toda discusión.

Presenta aquí el ejemplo del sacerdote brahman a quien el europeo ofrece un microscopio para mirar lo que come; ve animalitos por todas partes y rompe el microscopio para borrar la visión y destruir la verdad.

DEBER DE LA CIENCIA: Es preciso que la ciencia haga, a partir de hoy, lo que la religión hizo ayer; precisa que ella asegure, con la fecundidad de la raza, su buena educación física, moral y económica. Pero hoy, adorar, no es arrastrarse, ni prosternarse; es erguirse, elevarse. Se olvida que, desde hace 1800 años, un hecho nuevo se ha producido en la historia de la humanidad. La Ciencia no es compatible con la revelación sobrenatural y con los milagros que fundamentan las religiones. Los milagros cotidianos sólo se producen en los hospitales de locos o de histéricos. Mientras que los sabios incrédulos los producen a conciencia. El investigador que añade la más ínfima parte de verdad a la masa de los conocimientos científicos ya adquiridos, puede hacer una obra mucho menos brillante, pero a veces más definitiva que la obra puramente religiosa de un Mesías. Contribuye, dentro de la lentitud de las edades, a la constitución del edificio sagrado que no será ya más destruido. Contra la inteligencia ritualista, practica la peligrosa disciplina del hecho confirmado.

Cita el pensamiento de Sócrates, «Sólo sé que no sé nada». Allí donde el filósofo ignora, es moralmente forzado decir a los demás y decirse a sí mismo: Ignoro, dudo, espero. Y nada más.

Continúa Guyau:

¿La fe dogmática, estrecha o amplia, puede subsistir indefinidamente ante la ciencia moderna? No lo pensamos. Hay en la ciencia dos partes: una, constructiva; otra, destructiva.

La parte constructiva está ya bastante avanzada en sociedades modernas para responder a ciertas necesidades del espíritu humano, que el dogma se cuidaba antes de satisfacer. Sobre el génesis del mundo, por ejemplo, tenemos informaciones mucho más extensas y detalladas de lo que son las imaginaciones bíblicas. Sobre la filiación de las especies, llegamos por grados a un cierto número de certitudes. En fin, todos los fenómenos celestes o terrestres más destacados a los ojos de las multitudes, están ya completamente explicados. El por qué definitivo sin duda no está dado;

incluso se pregunta si ese por qué existe. Precisa no olvidar que las religiones han comenzado por la física; que la física, durante mucho tiempo, continuó siendo en ellas la parte esencial preponderante; hoy, ellas están forzadas a separarse y la religión pierde así un importante atractivo que pasa a la ciencia.

La ciencia no tiene menor importancia por su influencia disolvente y destructiva. Empecemos por las ciencias físicas y astronómicas. Todas las antiguas supersticiones sobre los terremotos, los eclipses, etc., que eran un pretexto constante de exaltación religiosa, están destruidas o muy cerca de serlo en las masas populares. La geología ha derribado de un solo golpe la tradición de la mayoría de religiones. La física ha matado los milagros. Lo mismo ocurre con la minerología, tan reciente y que tanto porvenir tiene. Las poblaciones costeras y pescadoras, son más propensas que otras a la prácticas supersticiosas. Desde el momento en que se puede de antemano prever poco más o menos el tiempo y precaverse contra él, todas estas supersticiones se hunden. En fin, las ciencias históricas atacan las religiones, no solamente en sus objetos, sino en ellas mismas, en su formación natural, mostrando todas las sinuosidades y las incertitudes del pensamiento que las ha construido, las contradicciones primitivas, bien o mal corregidas luego, los dogmas más precisos formados por la yuxtaposición de ideas vagas y heterogéneas. La crítica religiosa—que se extenderá tarde o temprano hasta la enseñanza—es el arma más temible de que se ha servido contra el dogmatismo religioso. El catolicismo, persiguiendo la idea religiosa, debía lógicamente finalizar en la doctrina de la infalibilidad; la crítica moderna, mostrando la relatividad de los conocimientos humanos y la fallibilidad esencial de toda inteligencia, tiende al individualismo religioso y a la disolución de todo dogma universal o católico.

Guyau recuerda una conversación que tuvo con Renán sobre el debilitamiento gradual de la palabra religiosa, del silencio en que ha caído el verbo divino que antes llenaba el mundo. Hoy, el Verbo de la naturaleza y de la humanidad, es el pensamiento y el sentimiento absolutamente libres que substituyen a los oráculos, a las revelaciones sobrenaturales, a toda dogmática religiosa. Se pusieron de acuerdo... «Sí, es ciertamente esto—dijo Renán—. La irreligión es el fin hacia el cual marchamos. Después de todo, ¿por qué la humanidad no ha de poder vivir sin dogmas? La especulación reemplazará a la religión. Ya, en los pueblos más avanzados, los dogmas se desagregan, un trabajo interior rompe, desgaja estas incrustaciones del pensamiento.»

En el pasado, fuera de la religión, no existían más que preocupaciones groseras y materiales; no había un justo medio entre el sueño y la realidad más vulgar. Hoy, este justo medio se ha encontrado. Se puede ser pensador sin tener necesidad de soñar; se puede ser incluso soñador sin tener necesidad de creer. La ciencia y el arte han nacido y nos abren sus dominios de perspectivas infinitas, donde cada uno puede emplear, sin malograrlo, su excedente de actividad. La ciencia permite el desinterés de la investigación in tolerar los extravíos de la imaginación; da el entusiasmo sin el delirio; tiene una belleza propia, hecha de verdad.

Y Guyau continúa: «No, un ideal social completo no puede consistir ni en la moralidad desnuda, ni en el simple bienestar económico, ni en el arte solo, ni en la ciencia sola: es preciso todo esto reunido, y el ideal más elevado será el más amplio, el más universal. Ideal, es progreso y el progreso no puede hacerse en una sola dirección: el que no avanza retrocede».

Aquí el autor añade: «En otra parte hemos propuesto como ideal moral lo que nosotros hemos llamado «la anomía moral, la ausencia de regla apodidáctica fija y universal» (1).

«Creemos más firmemente todavía que el ideal de toda religión debe tender hacia la anomía religiosa, hacia la liberación del individuo, hacia la redención de su pensamiento, más preciosa que la de su vida (2): hacia la supresión de toda fe dogmática bajo no importa la forma tras la que se disimule. En lugar de aceptar el dogma hecho, debemos ser nosotros mismos los obreros de nuestras creencias».

Guyau prosigue: «El ideal no se opone al mundo; lo sobrepasa simplemente; en el fondo es idéntico que nuestro pensamiento, que, surgido de la naturaleza, avanza, prevee y prepara perpetuos progresos. En la vida se encuentran conciliados lo real y lo ideal, pues la vida en su conjunto es y deviene. Quien dice vida, dice evolución: ampliar el mundo hasta que satisfaga al hombre; que en él se establezca un equilibrio entre el universo y el corazón humano. La obra de la ciencia no es apagar la necesidad de amar, sino darle un objeto real; no es detener los impulsos del corazón, sino justificarlos».

Estudiando la propiedad, cita a Guizot: «Sin la religión, la cuestión social se llevará a los pueblos; es la Iglesia la que mantiene la propiedad». Si existe una cuestión social, trabajemos para resolverla. ¿Dios no es más que un medio para salvar al capitalista?

Los padres de la Iglesia han atacado a la Propiedad. «La tierra, dice San Ambrosio, ha sido dada en común a los ricos y a los pobres. ¿Por qué, ricos, creéis que sólo vosotros sois propietarios de ella?» «La Naturaleza ha creado el derecho común. La usurpación ha hecho el derecho privado. La opulencia es siempre el producto del robo»: San Jerónimo. «El rico es un ladrón», dice San Basilio. «Es una iniquidad lo que hace la propiedad privada»: San Clemente. «El rico es un bandido»: San Crisóstomo.

En fin, el propio Bossuet exclama, en el sermón sobre las disposiciones relativas a las necesidades de la vida: «Los murmullos de los pobres son justos; ¿por qué esta desigualdad de condiciones?»

Guyau concluye: «El verdadero principio de la propiedad, como de la autoridad social, no puede ser religioso; está en el sentimiento mismo del derecho de todos y en el conocimiento más y más científico de las condiciones de la vida civil y política».

Explica así la libertad: «La idea de libertad en el hombre sería la conciencia de esta «fuerza progresiva inmanente» en todos los seres y esta idea se convertirá en el resorte de nuestra vida moral. La idea de libertad en el propio sentido del determinismo, produce una dirección nueva: se convierte en un nuevo motivo entre los motivos; en un nuevo móvil entre los móviles; ella se realiza concibiéndose y deseándose. Gracias a la intervención de esta idea, la realidad envuelve una fuerza de libertad **progresiva**, es decir, de unión constante con el todo y de liberación moral.»

Prosigue Guyau: «Siendo Dios el propio principio ideal del bien, el ideal personificado, el amor de Dios ha acabado por ser el amor moral propiamente dicho, virtud en su primer grado, santidad en su fin.

El acto interior de caridad, se ha convertido así en el acto religioso por excelencia, donde se identifican la moralidad y el culto interior. Al mismo tiempo, en las más altas especulaciones de la teología filosófica, la caridad ha sido concebida como abrazando a la vez a todos los seres en el amor divino; por consecuencia, como empezando a rea-

lizar una cierta sociedad perfecta donde «todos están en uno y uno en todos».

EL ALMA: La correlación absoluta entre lo físico y lo psíquico, sugiere la hipótesis siguiente: «Lo que llamamos el alma es el ser interno de la misma unidad que consideramos exteriormente, como siendo el cuerpo que le pertenece». Esta manera de concebir el problema de la correlación lleva inevitablemente a suponer que el ser intelectual es la realidad de las cosas y que la propiedad más esencial del ser es el desarrollo, la evolución.

La conciencia humana, para nosotros, es la cima de esta evolución. Ella constituye el punto nodal en el curso de la naturaleza, donde el mundo se recuerda a sí mismo. No es como ser simple, sino como el producto evolucionado de innumerables elementos, como el alma humana es un «espejo del mundo».

SOCIOLOGIA (DIOS GENIO): Vivir, es para la humanidad aprender; para poder revelarnos el gran secreto, sería preciso que un solo hombre hubiese vivido la vida de la Humanidad, la vida de todos los seres e incluso de todas las cosas que parecen merecer apenas el nombre de seres; sería preciso que un hombre hubiese concentrado al universo en sí mismo.

No puede, pues, haber religión de un hombre, ni aun de Jesús.

—o—

Como conclusión de este estudio sobre Guyau, extraemos los principios de una nueva sociología y las premisas de la moral que constituyen «La Irreligión del Porvenir».

El vínculo. Principio sociológico de todas las religiones y sociedades.

Ciencia. La ciencia, verdad incontestada; evolución, racionalismo.

Justicia. Negación de la propiedad privada, que es inmoral.

Moral. Moral progresiva.

Libertad. Libertad de investigación y de pensamiento.

Fraternidad. Respeto recíproco de la dignidad.

Amor. Caridad entendida como la «caritas» antigua: apoyo mutuo individual y social.

Sería preciso citar toda la conclusión del libro. En ella Guyau se entrega a una especulación filosófica de las más elevadas, estudiando los grandes sentimientos humanos. Se plantea el problema; ante la muerte, ¿qué hacer? Contesta: No ser cobarde, como los estoicos.

He aquí las últimas líneas de su libro: «La muerte tiene su secreto, su enigma, y se conserva la vaga esperanza que ella nos dirá algo, al destruirnos; que los moribundos, según la creencia antigua, adivinan y que sus ojos cierran en el deslumbramiento de un relámpago. Nuestro último dolor, es nuestra última curiosidad.»

Ruido por la tisis, el sabio Guyau se extinguió a los 34 años, con toda serenidad, como él había escrito.

A. RESPAUT

Trad.: F. M.

Nota: «La Irreligión del Porvenir» está en venta en español, en el Servicio de Librería de la C.N.T., 4, rue de Belfort. Toulouse (H.-G.).

(1) «Ensayo sobre una moral sin obligación ni sanción».

(2) Por lo demás, Guyau explica por qué el pensamiento y los actos son más preciosos que la vida: porque ellos restan después de la muerte del pensador.

WILLIAM GODWIN



ABLAR de la volubilidad de la fortuna parece trivialidad, ciertamente gastada; sin embargo es difícil evitarlo cuando uno observa la errática historia de William Godwin. En 1793, Godwin publicó «Justicia Política» e inmediatamente fué catapultado a las alturas de la fama pública. «El sólo resplandecía como un sol en el firmamento de la reputación», dijo su amigo Hazlitt. «De nadie se habló más, se consideró más y se buscó más, y donde quiera que se trataba del tema libertad, verdad y justicia, su nombre no andaban muy lejos». Los admiradores de Godwin se componen de algunos de los mejores escritores de su tiempo. Hazlitt, naturalmente, era uno, y Wordsworth le dijo a un estudiante que le consultó que tirara los libros de química y leyera a Godwin. Y Coleridge escribió un soneto extravagante en el cual pintó la opresión, pálida de terror, retrocediendo frente a la acusadora mirada de los ojos fijos de Godwin.

No obstante toda esta adulación y a pesar de los discípulos célebres que le siguieron en su gloria, la celebridad de Godwin declinó tan de repente que menos de veinte años después era desconocido del público. «He agregado tu nombre a la lista de los honorables muertos», decía Shelley cuando le escribió por primera vez en 1812.

Las razones de esta declinación extraña en la reputación de Godwin han de buscarse en parte en su propia vida y en la historia de su tiempo. El nació en 1756 en un pequeño pueblo del este de Inglaterra. Su padre era cura disidente, cuyos principios eran tan estrictos que en una ocasión reprochó a su pequeño el acariciar al gato en domingo. Godwin era un muchacho inteligente y de una personalidad fuerte y fué inevitable que se rebelara contra tal crianza. El siguió el ejemplo de su padre hasta el extremo de llegar a ser clérigo y a la edad de 27 años presentó la dimisión de la clerecía. Trató en vano de establecer una pequeña escuela privada, planeada en lo que hoy llamaríamos «líneas progresivas» y después, en 1783, salió para Londres a ganarse la vida como escritor.

En los diez años siguientes vivió de toda clase de trabajos, y a veces hubo de empeñar sus libros o el reloj para poder pagar su comida. La liberación de esta clase de vida vino con la Revolución Francesa. Godwin había sido siempre una especie de demócrata y era ya amigo de algunos de la izquierda liberal, particularmente de Sheridan. Godwin estudió los filósofos políticos del siglo XVIII tales como Rousseau, Voltaire y d'Holbach, y cuando empezó la Revolución estaba de acuerdo con sus ideales, aunque no siempre estuvo de acuerdo con sus métodos.

En 1790, Edmund Burke escribió sus «Relations on the French Revolution», un ataque conservador contra los he-

chos de los revolucionarios en París y también de rechazo, contra las ideas de los demócratas ingleses que se consideraban amigos de ellos. El libro de Burke produjo una inundación de respuestas; la más famosa fué «The Rights of Man» (Los derechos del hombre), por Tom Paine. Pero Godwin no estaba conforme con ninguna de estas respuestas. No vale la pena, pensaba, discutir los hechos de los revolucionarios franceses al menos que uno llegue al fondo de la cuestión por la cual obraron de tal forma. ¿Cuáles fueron las faltas y méritos de las diferentes clases de gobiernos?, se preguntaba a sí mismo. ¿De qué forma afectaron a la vida del hombre del pueblo? ¿Qué clase de sociedad podría ayudar a este hombre del pueblo a vivir juntos pacíficamente? ¿Y cómo podría llegarse a ésta? Estas eran las preguntas que Godwin creía de importancia, las cuales desarrolló de una forma implacable en «Justicia Política».

He dicho ya que la bienvenida de Godwin a la Revolución Francesa no fué de modo alguno ilimitada. El se alegraba de que la corrupta monarquía borbónica se hubiese ido y compartía la creencia de los revolucionarios sobre el término general de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Al mismo tiempo argüía que nosotros debemos persuadir a los hombres por medio de la razón mejor que por la fuerza y en este terreno él detestaba la clase de terrorismo que tiene lugar durante las revoluciones violentas. El creía que en vez de liberar a los hombres, tales métodos resultaban una esclavitud diferente, y a veces peor. Primero, él pensaba que deberíamos revolucionar nuestro pensamiento; después podemos empezar a revolucionar la sociedad.

Por esta razón él hizo en «Justicia Política» un gran análisis de la naturaleza del gobierno y de la ley. Con una penetrable lógica, expuso las debilidades de cada forma de sociedad, desde la monarquía en un extremo a la democracia en el otro. Y la conclusión a que llegó fué más o menos ésta: La libertad es el mayor bien, ya que ésta permite a los hombres desarrollar su propia personalidad y por tanto la mejor sociedad es aquella que da mayor libertad personal. Pero para ser libres, los hombres deben ser responsables; ellos deben disciplinar sus acciones a fin de no imponerse a la libertad de los demás. La responsabilidad, sólo puede ser alcanzada por el desarrollo de la razón. Pero el desarrollo de la razón necesita libertad de pensamiento, y así volvemos donde estábamos. Pues cualquier tipo de coerción deniega esta libertad de pensamiento y por tanto hace a los hombres irresponsables. En consecuencia, gobierno y fuerza son en sí malos y mientras menos tengamos de estas cosas mucho mejor.

Lo que deberíamos perseguir, declara Godwin, es una clase de sociedad descentralizada donde los hombres aprendieran a vivir en paz sin necesidad de gobiernos. El consideró a los habitantes de esta idílica sociedad compartiendo

con buena voluntad y armonizando sus diferencias por mediación de jurados y comisiones de arbitrajes, para alcanzar tal reino de libertad y justicia. Godwin no ve otro camino más que la propagación de la razón. Las revoluciones políticas conducen solamente a nuevas tiranías y los partidos de masas sumergen al pensamiento independiente. Pero cuando la mayoría de los hombres hayan aprendido a pensar libremente, dice Godwin, no habrá tiranía que prevalezca contra ellos. ¿Cómo, se pregunta, se sostiene cualquier gobierno sino de la opinión de aquellos que lo apoyan? Que cambien de opinión, que le retiren su apoyo, y caerá.

Lo que caracteriza este argumento es su confianza en la Razón, con R mayúscula. A la Razón se le da ese mismo casi divino «statu quo» que más tarde habría de dársele a la Historia por parte de los marxistas, y al conjunto de la tesis de Godwin se la califica de quimera por la suposición de que a los hombres sólo hay que mostrarles la verdad de una forma convincente para que ellos la acepten. Esta era una derivación lógica de las teorías del siglo XVIII sobre la natural bondad del hombre, pero dejaba de lado todo un campo de obstinados impulsos irracionales. La historia contemporánea ha subrayado las advertencias de Godwin sobre el gobierno, sus presagios melancólicos del peligro del creciente control del Estado; pero nosotros nos encontramos tan lejos como él se encontraba de alcanzar una conclusión satisfactoria de cómo precisamente podrán los hombres emerger de esa sombra espesa de autoridad. Este es un dilema que se hará aun más agudo y parece que nunca será resuelto de una forma tan fácil como suponía Godwin en esa etapa de su carrera.

Sin embargo, en ese período de intenso entusiasmo político que siguió a la Revolución Francesa, existían muchos hombres inteligentes que creían que Godwin había, en realidad, encontrado la llave del Paraíso terrenal y el entusiasmo por sus doctrinas de anarquismo filosófico se propagó en un tiempo en todas las clases de la sociedad. «Justicia Política» apareció en un momento de persecución de herejía política.

Los demócratas ingleses presionaban una vez más por una reforma política que diera el voto a los desheredados, y el gobierno tory de William Pitt temía de que esto pudiera conducir a una versión inglesa de la Revolución Francesa. De acuerdo con esto, empezó a perseguir a todos los escritores liberales que expresaran ideas disidentes con demasiado descaro. Tom Paine fué sentenciado a muerte por escribir «The Rights of Man» (Los derechos del hombre); afortunadamente Paine había huído ya a Francia. Y cuando apareció «Justicia Política» de Godwin, este libro fué llevado ante el gobierno para su consideración. Se impidió un proceso sólo cuando Pitt hizo observar de que un libro cuyo precio eran tres guineas, posiblemente no llegaría a la clase trabajadora. Verdaderamente Pitt se equivocó, porque en toda Inglaterra se formaron pequeños grupos de artesanos los cuales se constituyeron en clubs a fin de poder comprar ejemplares de «Justicia Política» y leerlos en voz alta en charlas comentadas.

Hé dicho que «Justicia Política» mostraba la influencia del culto a la Razón del siglo XVIII; pero también tenía un entusiasmo idealista que pasaba por encima de cualquier flemático racionalismo, y esto es lo que explica la atracción de románticos como Wordsworth y Coleridge, y, más tarde, de Shelley. Realmente, la importancia de Godwin en la historia literaria reside en el hecho de que Godwin está situado en la línea divisoria entre el racionalismo del siglo XVIII y el romántico del siglo XIX, transmitiendo la influencia del uno al otro. Su segundo libro era seguramente

más romántico que racionalista y muestra un cambio de opinión significativo.

Nos referimos a su primera novela (o más bien la primera de sus novelas que ha sobrevivido en un sentido material), «Caleb Williams». El subtítulo nos dice bastante acerca del contenido del libro; él es «Things as They Are» (Las cosas como son), Godwin decía que se había propuesto dar una forma más popular y dramática a la crítica social que ya había expuesto en «Justicia Política» y su novela en realidad era una fuerte exposición de la forma en que, en la Inglaterra de su tiempo, los ricos podían hacer uso de las fuerzas de la ley y también de las fuerzas del prejuicio público, para aplastar al hombre. Caleb Williams, el héroe, es el secretario de un instruido gentleman llamado Falkland. Por suerte, Caleb descubre un rastro que le lleva a sospechar que su amo ha asesinado a un vecino terrateniente y ha permitido que mueran dos hombres inocentes acusados del crimen. Caleb sigue todo indicio con una escrupulosidad minuciosa hasta que finalmente está seguro de que sus sospechas son fundadas. Pero a estas alturas, Falkland se ha dado cuenta de que su secreto ha sido descubierto. Aunque hombre idealista y generoso por naturaleza, tiene un sentido pervertido del honor, el cual le hace llegar a la conclusión de guardar su nombre sin mancha, y cuando Caleb deserta de su casa, él inicia una caza incesante contra él. Finalmente, Caleb consigue declarar la culpabilidad de Falkland, y este último, agonizante, confiesa. Pero ahora, aterrado por la suerte de su ex-amo, Caleb apechuga con la responsabilidad que Falkland ha descargado con la declaración de culpabilidad, y es consumido por el disgusto que le inspira la parte que su curiosidad ha jugado en el hecho de llevar a ese hombre desafortunado a su catástrofe final.

«Caleb Williams» es una novela de varias ramificaciones. Para empezar, tenemos el tema de detección e investigación, el tema policiaco que ha alcanzado un puesto tan prominente en la literatura contemporánea. Godwin fué, no solamente el precursor de las historias detectivescas, sino que se anticipó también, desarrollando este tema, a novelistas modernos tales como Graham Greene y George Orwell, de propósitos más serios.

En un nivel algo más profundo, «Caleb Williams» es la novela social más importante del período romántico. En «Justicia Política» había expuesto la idea de que los seres humanos son básicamente morales, pero que ellos son moldeados y corrompidos por el ambiente que les rodea. Y, en un sentido u otro, todos los caracteres en «Caleb Williams» son víctimas del mundo al cual pertenecen. Cuando Godwin nos lleva a través de las prisiones y distritos y barrios pobres de la Inglaterra del siglo XVIII, él nos muestra una exposición hogarthiana completa de gentes cuya mentalidad ha sido deformada por una sociedad que está llena de una escandalosa desigualdad. Incluso Falkland, llevado de un crimen a otro por un falso prurito de honor, es la víctima de principios dominantes en el ambiente en que se ha criado. Y Caleb, naturalmente, es la supervíctima propiciatoria por todas las fuerzas negativas del prejuicio social.

Pero Godwin era un pensador demasiado profundo para no darse cuenta de que el margen social sobre lo moral y psicológico y la lucha que Caleb sobrelleva, es mucho más que la lucha de un hombre inocente contra la sociedad en general. Es también (y esto atañe tanto a Falkland como a Caleb), una lucha entre ideas opuestas en el crepúsculo de su propio espíritu. A veces estos dos aspectos de la novela parecen marchar paralelos el uno al otro. Frecuentemente, Caleb no se da cuenta de la dirección en que sus

enemigos físicos operan contra él; además, en las ideas internas de los caracteres, las razones, por sus frecuentes cambios de acción, aparentemente sin un fin marcado, son dejadas deliberadamente en el aire. Es esta cualidad de intangibilidad, impregnando toda la novela, la que lleva a «Caleb Williams» tan cerca de las obras de los escritores contemporáneos que han sido alucinados por el peligro moral que yace más allá de las paredes limpias del jardín de la conducta racional. Pienso particularmente en Kafka, pues «The Trial» (El juicio) muestra muchos puntos curiosos de parecido con «Caleb Williams».

Como filósofo (y era un filósofo el que escribió «Justicia Política») Godwin creía que los hombres eran buenos innatamente y sujetos a la razón. Pero como novelista, indagando en «Las cosas como son» se dió cuenta de que existía una gran diferencia entre el mundo ideal y el mundo de la vida real. Y así, mientras en «Justicia Política» había pintado en términos idílicos lo que podía ser la humanidad, en «Caleb Williams» dió el cuadro más triste de la humanidad: como es. Tal vez es por esto por lo que muchos críticos jóvenes (como Angus Wilson y Roy Fuller) están desenterrando a «Caleb Williams» y encontrando en él, a pesar de varias faltas evidentes de estilo y construcción, un inesperado gusto contemporáneo. Es lo mismo que mirar a un espejo pasado de moda, lleno de polvo, y verse uno la cara encajada como un retrato en un marco extraño. Pues Godwin, más que ningún otro novelista de tiempos pasados, estaba preocupado con lo que ha llegado a ser el problema principal de los escritores del siglo XX; cómo el individuo va a preservar su integridad en una sociedad que se hace paulatinamente más compleja y más impersonal.

«Caleb Williams» fué un éxito tan grande como «Justicia Política» lo había sido, y hombres como Hazlitt, Byron y Shelley la consideraron como una de las grandes novelas de su tiempo. Los años de oro de Godwin fueron coronados por su casamiento con Mary Wollstonecraft, la gran feminista, en 1796. Mary era una mujer sensitiva e inteligente, que sabía cómo extraer toda la temura de la rígida y reservada personalidad de Godwin. «En espíritu y forma, es un bien que haya sido el esposo de Mary Wollstonecraft», dijo Coleridge muchos años después. Durante un año Godwin y Mary fueron felices. Después Mary murió dando a luz a un bebé que más tarde llegó a ser la mujer de Shelley; Godwin después de esta pérdida fué un hombre destrozado. «Esta luz me fué prestada por un período de tiempo muy corto, y ahora se ha extinguido para siempre», se lamentaba, y hasta el final de su vida, cuarenta años después, el retrato de Mary colgó sobre la mesa donde él trabajaba como un recordatorio constante.

La muerte de Mary coincidió con el principio de la decadencia de la popularidad de Godwin. En este período, Inglaterra se encontraba en guerra con Francia, y el clima de opinión había cambiado tanto que muy pocos de los que fueron liberales permanecieron leales a sus viejos puntos de vista. Aquellos que permanecieron, como Godwin y Hazlitt, fueron casi por completo relegados al ostracismo. El resto de la vida de Godwin fué una lucha larga contra la pobreza y la calumnia y aunque escribió mucho, ninguna de sus obras de este período último llegaron a acercarse a la originalidad y fuerza de «Justicia Política» y «Caleb Williams».

Sin embargo, por una curiosa ironía, fué durante este tiempo de obscuridad cuando Godwin ejerció su influencia más duradera a través del contacto personal. Dos de sus discípulos de este último período, Francis Place y Robert Owen, se contaron entre los espíritus dominantes del movimiento primitivo de las *Trades Unions* y Owen fué también un pionero del movimiento cooperativista. El tercero fué un joven novelista que se llamaba Edward Bulwer, quien más tarde alcanzó celebridad como Lord Lytton. «Eugène Aram», de Lytton estaba basado en un argumento que le dió Godwin y fué a través de este escritor (y a través de Charles Borckden Brown en América) que la influencia de Godwin fué transmitida a la futura literatura novelesca anglo-sajona. Finalmente, queda el más grande de todos sus discípulos, Shelley, quien conoció a Godwin en 1812. No hace falta describir aquí el aspecto más sensacional de sus relaciones; basta con hacer observar el profundo estímulo que alcanzó Shelley con la exposición de las ideas de Godwin. Algunas de sus poesías, tales como «La revuelta del Islam» (*The Revolt of Islam*) fueron llenas de críticas godwinianas del mundo presente y cuadros idealizados del futuro anarquista. Pero tal vez la mayor influencia de Godwin sobre Shelley, igual que su influencia sobre Coleridge veinte años antes y Owen casi veinte años después, fué no tanto ideológica como estimulante. Godwin presentó una serie de pensamientos atrevidos que ayudó a fertilizar e inspirar las mentes de toda una generación de hombres de cerebros originales.

No obstante, e incluso aparte de su bien difundida influencia, hay mucho, en la base crítica que hace Godwin del Estado centralizado, que le hace digno de que volvamos a leerle. Y hay también en él un ejemplo a seguir, si consideramos la tenacidad y la calma, con que en un período de convención e intolerancia que se parece mucho al nuestro, se aferró firmemente a su disconformidad.

Georges Woodcock

Traducción: J. R.



LA TARA ABULICA



pesar de todos los progresos de la época, de un alfabetismo pretencioso y audaz, de las bellezas de nuestra civilización, cantada con toda clase de alharacas y elogios por doquier, el muñeco humano, es una triste figura de racional.

Si nos remontamos al bello espíritu del Quijote, siempre en ideales, por absurdos y risibles que nos parezcan, la pobre situación del hombre de hoy, es lamentable cosa.

Acuciado por infinitos problemas y movido por distintas pasiones y vicios que se los multiplican día a día, el tipo masa, multitud, cosa social, nos resulta un simple despojo de la humana grey, de lo que debería ser el pretencioso ente racional.

Y no es que pretendamos magnificar su situación o empujearla, sino que se nos ofrece escueta, clara con sólo contemplar su insignificante estado de títere movido por instintivas apetencias, que reducen a mínima expresión su calidad de inteligente, de voluntarioso, de vivaz y creador en el aura de su vida.

El hombre de hoy, el social ente, el tipo masivo, sin distinción de categorías, castas, clases, posición social o jerarquía mental y docta—las excepciones son siempre justificación de la regla,—es una lastimosa y pobre figura saturada de abulia, rutina y negación, dentro de su pretendida y petulante superioridad genérica.

Carece de iniciativa, de visión bella, de emociones espontáneas y nobles... Son cuerpos vacíos en caletres huecos y sentidos ausentes.

Todo lo prefiere hecho, a la medida, sin esfuerzo ni voluntad, como si fuera—y en verdad lo resulta,—un instrumento adaptable a los mecanismos que a su torno actúan y esos mecanismos, en efecto, actúan por inercia, a falta de iniciativa propia.

Su vivir social, está calcado en rutinaria acción por reflejo, no por volición propia. Tiene marcado día a día, hora por hora, su desenvolverse en el medio, de tal manera que está sujeto de antemano, al ordenamiento fijado por sus orientadores, sin la propia necesidad de manifestarse con características voluntarias.

Está tan vacío, tan hueco, tan abúlico, que el salirse de lo trillado, le requiere un esfuerzo que es incapaz de realizar alguna vez. Y sus lapsos libres, están también marcados por el carril festivo y dominical, como cosa de esteotipia, fatal.

Un domingo sin cine, sin fútbol, sin carreras, sin toros, sin trompadas en el ring, sería lo peor que podría ocurrirle, pues, sin bien la infaltable tertulia en el bar de todos los días, sorbiendo brebajes por costumbre, saturándose de aires viciados, de conversaciones imbéciles o chis-

mes sobre todos los tópicos superficiales, llenan el tiempo sobrante, es de rigor ocupar esos festivos y domingos, con la rutina deportista, con las apuestas corrientes, con los espectáculos para abúlicos, que el caletre especulador del capitalismo sabe mover para no molestar las meninges ociosas.

¡Qué pobre y triste figura nos ofrece este monigote que, sin embargo, se envanece de su saber, su cultura, su desenvolverse en la vida!...

Ni espacios abiertos, ni Natura libre, ni arte superior, ni nada espiritual, emotivo, pensante que reclame un poco de sentido analítico y humano, le sacan de su rutina barroca, brutal, vacía, inocua, servil, tarada... ¡Todo prosa, bestialidad, materia vil, sentido mediocre, derroche de un tiempo que se es incapaz de emplearlo de otra manera que no sea cosa trivial, tonta, especulativa de un deportismo, de un cine, de unas espectacularidades simplemente comerciales!...

La abulia, engendro de la neurastenia, de paranoicas disposiciones, es lo predominante por doquier, y no hay razas, pueblos, naciones que se distingan de otra manera, y sólo con excepción subrayando la regla, podremos aceptar pequeños núcleos que suponen un concepto algo más elevado de la vida racional y humana.

Pero, no olvidemos que es, merced a ese gozar pasional y vicioso, derivados de lo superfluo o bestia que rezuman el cine, los deportes, las timbas, el toreo, el flamenquismo, las trompadas, las fiestas patrioterías o religiosas, toda esa legión de «distracciones» y «entretenimientos» sin espíritu ni emociones afectivas, es merced a ello, repetimos, que las masas, los pueblos, las razas, «le troupeau humain», es llevado al matadero, con esa resignación bovina tan bien amasada, negando su condición de racional, de ser pensante y discerniente.

Y pensar que, si esas masas, esos pueblos, esas legiones de monigotes sociales, quisieran o fuesen capaces de actuar en mutuo acuerdo, librándose dignamente de la tara abúlica, a través de fronteras y Estados, su ventura auténtica y de ser pensante y volitivo, sería un hecho liberador...

La tara abúlica que lo posee, ese morbo, ese patológico estado, le convierte en títere manejado a gusto por tiranos y mandones que, a su vez, son tarados como los regidos, pero sostenidos por un mecanismo engañador, y por el menor esfuerzo del conjunto bélico, neurótico y, como consecuencia, tarado.

En el pensar y actuar de todos, especialmente de los que son capaces de producir cosa útil, está su liberación y el logro de que la Tierra devenga cosa agradable para la vida del ser que debe ocuparla y dignificarla.

Victoria ZEDA

Fácilmente podemos comprender, por qué, en semejantes condiciones, prohibiéndose el robo y la mendicidad: el ladrón no trabaja, no produce, pero consume; el mendigo tampoco trabaja, consume sin producir. La clase capitalista (gobernante y poseedora), necesita hombres que trabajen, porque tan sólo el trabajo puede fecundar sus capitales, porque no existe otro medio que les permita acrecentar incesantemente sus riquezas al mismo tiempo que conservar su ociosidad. Por esta causa instituyéronse las leyes que persiguen y condenan el robo y la mendicidad.

¡Gobernantes! ¡Sistema social contemporáneo! ¿qué le cedisteis a aquellos a quienes expoliásteis? Solamente un medio de subsistencia: el trabajo. Ahora bien, existen treinta millones de parados, hombres a los que sistemáticamente se les priva de trabajo, a quienes se lanza indirectamente ya al robo, ya a la mendicidad, a menos que no se les condene a desaparecer porque constituyan para el régimen una población cargosa o inútil.

Pues bien, ante esa alternativa: mendigar, robar o trabajar; escaseando lo último y a falta de una respuesta categórica que vanamente pediríamos a los Poderes públicos, digo: que no debemos escoger; o bien se nos proporciona trabajo — y digo que nos lo proporcionen por haberse abrogado ellos el derecho de este contrato que, por leonino que sea, les obliga moral y jurídicamente a atendernos — o se nos asegura la existencia sin trabajar, pero no por medio de limosnas que no permiten siquiera comer un pedazo de pan, sino con subsidios suficientes, a menos que no maten de una vez a todos los parados.

Si el capitalismo no puede proporcionar trabajo a los que carecen de él, si no tiene capacidad para asegurar la subsistencia de los parados, ¿debe asesinarlos! ¿Comprendéis lo que quiere decir «asesinarlos»? Temo, si, lo temo profundamente — esta es la peor amenaza de guerra — que, cansados de proporcionar una migaja de pan a los treinta millones de sin trabajo, los gobernantes piensen que es más expedito, menos oneroso, y absolutamente acorde a la tradición, matarles en lugar de alimentarles. ¡Entonces aparecerá la guerra!...

No voy a añadir más que cuatro palabras y termino.

ES INDISPENSABLE ROMPER EL CIRCULO INFERNAL

Como veis, camaradas, damos vueltas alrededor de un círculo infernal. Es indispensable que lo rompamos. ¿Cómo? Únicamente existe un medio que ya expuse en otra ocasión. Mi convicción, sea cual fuere el asunto de que trato, no cambia, es siempre la misma, porque no existe otra conclusión: es necesaria una transformación, que acabe con el contrato social que nos oprime quemando los archivos para que desaparezcan los contratos añejos y creando otros para los contratos nuevos.

Este círculo infernal en el que estamos encerrados y que es impres-

Nuestros dirigentes negaron la crisis mientras pudieron. Actualmente, la situación se ha hecho tan inquietante y la crisis ha adquirido un carácter tan amenazador, que les es imposible negarla. Por tal causa, nuestros gobernantes se han decidido a entrar, aunque para ellos represente una humillación, por el camino de las confesiones.

Porque, por amañadas que estén las estadísticas confirman ya, que el número de parados, inscritos y admitidos en la lista de socorros al paro forzoso, alcanza alrededor de 300.000; lo cual no significa que el número de sin trabajo se detenga ahí; en primer lugar porque no todos están inscritos, y en segundo porque existen numerosos parados parciales, que trabajan escasamente algunos días por semana o unas horas diarias, y que, en realidad, sufren las consecuencias, sino totalmente, por lo menos en parte apreciable, de la crisis que nos azota.

Y, según las propias declaraciones estadísticas, el ritmo del paro forzoso va acelerándose de semana en semana.

Los obreros—y bajo esta denominación incluyo a aquellos que nada poseen, a los proletarios, a los que se ven obligados a vivir exclusivamente de su salario, ya sean obreros o empleados—son los primeros y más directamente afectados por esta anómala situación. Pero, de capa en capa, la crisis ha adquirido una amplitud tal, que la misma burguesía, la comerciante y la industrial, hállese también afectada. La hora se aproxima en la que todas las castas sociales se verán heridas por la situación en su conjunto. Estudiemos primero sus orígenes y las consecuencias. Luego expondremos las soluciones.

Pero antes, permitidme que abra un amplio paréntesis, a fin de precisar con exactitud el objeto de esta conferencia.

Si únicamente me hubiese propuesto señalar y exponer los múltiples orígenes de la crisis actual, el asunto sería por sí sólo tan extenso, que una conferencia no permitiría abordarlo.

Sería preciso pasar revista a todo el andamiaje económico y político, a toda la organización nacional e internacional del sistema capitalista, y, en este examen general, olvidaría, indudablemente, más de un rasgo importante.

Puesto que es innegable que en el origen de la inextricable situación en la que se hallan sumergidos poco o mucho todos los Estados, hay una como conmoción, inestabilidad, desequilibrio universal, engendrado por el desarrollo mismo del capitalismo mundial.

Podemos opinar, con razón, que la formidable sacudida que fué la guerra de 1914-1918, precipitó el advenimiento de este trastorno incomparable y que agravó sus efectos desastrosos; pero no es menos cierto que el desbarajuste de la economía capitalista era fatal y debía producirse más temprano o más tarde.

Es necesario saber limitarse y es razonable, mejor que enfrascarnos en un estudio que, por su amplitud, exigiría prolongados y minuciosos análisis, examinar tan sólo un aspecto del asunto y observarlo con detenimiento.

Por esta causa, voy a dedicar mi atención, casi exclusivamente al problema del paro.

El auditorio que me escucha está compuesto, en su mayor parte, por obreros. Esta circunstancia basta para justificar la finalidad precisa y limitada que asigno a esta conferencia.

SIEMPRE HA HABIDO PARADOS

Ante todo deseo disipar un error general. Esta equivocación consiste en creer que el paro forzoso es un mal que se presenta periódicamente. Las crisis son periódicas, pero el mal es permanente, crónico. Es inherente al régimen social en que nos desenvolvemos.

Todos conocéis, sin duda, aquella frase lapidaria que ha dado la vuelta al mundo porque expresa una verdad incontrovertible: «el sistema capitalista lleva en su seno la guerra, como la nube lleva la lluvia».

Lo que se dice de la guerra podemos aplicarlo con la misma exactitud al paro forzoso: «el sistema capitalista lleva en su seno el paro forzoso, como la nube la lluvia». Siempre ha habido parados en cantidad más o menos grande. Pero la crisis solamente se manifiesta cuando la proporción de obreros sin trabajo, de los que el régimen capitalista necesita—y en seguida os diré por qué—se convierte, al ser exagerada, en demasiado ostensible.

Es preciso que haya siempre un número de parados, porque éstos constituyen una especie de ejército de reserva que es imprescindible para el mecanismo económico de la explotación capitalista. Es indispensable que haya un núcleo de reserva, en el que dado el carácter caótico, desordenado — si no fuese un economista patentado y oficial, diría «anárquico» — del régimen actual de la producción, los patronos hallen la mano de obra que necesitan. La producción no sigue su curso normal y regular. Repito que es caótica y desordenada; ora marcha lentamente, ora se desenvuelve con una rapidez vertiginosa; y, en semejantes circunstancias, es decir, cuando el trabajo debe desarrollar cuanto puede dar de sí, cuando hay pedidos urgentes que han de servirse a una fecha fija, es preciso que los patronos, los contratistas tengan a su disposición una mano de obra exenta de compromisos. Esta mano de obra son los sin trabajo; este contingente de reserva de obreros parados es, asimismo, necesario para la explotación capitalista por varias razones; en primer lugar para resistir a las reivindicaciones obreras que propenden a un aumento de salario, o a una mejora en la situación de los trabajadores. Pensad con qué facilidad puede resistir a las peticiones de aumento de salario el patrono que sabe que a la puerta de su oficina hay brazos que esperan trabajo, que están desocupados, y que podrá recurrir a ellos en el momento oportuno; mientras que ésta resistencia le sería mucho más difícil, si no tuviese a su disposición la mano de obra por medio de la que puede reemplazar a los descontentos.

Este ejército de reserva permite, también, a las clases potentadas

necesidades de la industria, y, finalmente, el acuerdo económico internacional.

Capitalistas, podéis dormir en paz y digerir beatíficamente. Ni los gobernantes ni los parlamentarios os harán daño alguno, no os estrangularán. La prensa mercenaria no aprobará nunca que el dinero se tome de donde lo hay, sino que admitirá que puede extraerse de allí donde falta.

¿DEBEMOS ROMPER EL CONTRATO SOCIAL ACTUAL?

Pero, ¿acaso no sería un acto de justicia el que el dinero se tomase de donde está acumulado? Creo que sí. (Al decir dinero *refiérome, asimismo, a los productos que están almacenados y que son de necesidad*). Sería justo, equitativo.

Mas, en semejante caso, habríase roto el contrato social; habría llegado el fin del capitalismo; nos hallaríamos en el punto de partida hacia una transformación total de la Sociedad.

Vamos a ver cuál es el contrato social que se nos ha impuesto y la relación que tiene con el problema del paro forzoso.

Todo cuanto existe: el suelo, tal cual está cultivado, con las riquezas que encierra, las casas que nos cobijan, los vestidos, el calzado, los libros donde se halla resumido el tesoro intelectual y científico de la Humanidad, las máquinas, con todo su poderío de productos, las que, ora con extraordinario vigor, ya con infinita delicadeza producen y bordan el más delicado o tejido o trabajan el más duro metal para adecuarlo a las necesidades de la industria, todas estas riquezas, no son obra de unos cuantos, sino el resultado del esfuerzo colectivo, del trabajo archiseccular de todas las generaciones que nos precedieron. Por consiguiente, todo ello, obrando razonablemente y equitativamente, que ya es obrar en justicia, debiera ser el patrimonio de la Humanidad entera.

Pero un puñado de individuos hánse constituido en clase poseedora. Apoderáronse de aquel patrimonio y desposeyeron al resto de los hombres, diciendo: «Desde ahora, el suelo, el subsuelo, la maquinaria, los medios de transporte y de cambio, todo lo que pueda considerarse como instrumento de trabajo o como sistema de producción, nos pertenece. A los demás, si quieren vivir, les dejamos la mendicidad, el robo o el trabajo rudo».

Mendigar, robar o trabajar, éste es el dilema; os emplazo a que encontréis para quien no tenga fortuna, para el que se halla despojado de todo, otro medio de existencia. No existe otra posibilidad que las enunciadas. Ahora bien, después de haberse constituido en clases poseedoras, los usurpadores de quienes acabo de hablarlos, los malhechores que se apropiaron de todo, despojando a sus hermanos en Humanidad y despreciando olímpicamente toda noción de justicia, erigieron en gobernantes; promulgaron leyes destinadas a consagrar, legitimar y sancionar sus usurpaciones, y, para asegurar el respeto a dichas leyes, rodeáronse de un aparato de fuerzas, de una armadura de violencia sistemáticamente organizada: el Estado.

¿Queréis un ejemplo? Es fácil presentarlo. Supongamos a un propietario. En una ciudad como París hay mucho inmueble. O, si lo preferís, podemos suponer que se trata de una Compañía inmobiliaria, lo mismo da. Las casas reportan unos trescientos millones anuales de alquileres. Interviene la ley y dice: «Usted, gana demasiado dinero; le aumentaremos en un diez por ciento la contribución que satisface».

El propietario, evidentemente, comienza gritando, protestando y maldiciendo. Pero, después de reflexionar, se calma, porque ha encontrado el sistema de no desembolsar un céntimo, al contrario, hasta gana algo más. Y se dirige el siguiente razonamiento. De tres millones tengo que dar trescientos mil al fisco. ¡Es mucho! Pero tengo quinientos inquilinos. A cada uno de ellos les voy a aumentar el alquiler en un 15 por ciento. Tendré que pagar un diez por ciento al Tesoro; pero cobraré un quince por ciento del inquilino; negocio redondo; en lugar de perder, salgo ganando un cinco por ciento. Es decir, 150.000 pesetas más de ingresos para mí.

Y siempre, quien paga, es el arrendatario. Igual como, en último análisis, quien soporta el peso del impuesto es siempre el obrero.

La sociedad es como una escalera, porque es jerárquica. En lo alto están los privilegiados; luego, debajo, los que no tienen tantos privilegios, pero que están en buena situación y así todos los grados intermedios. Al final, en lo bajo, los que no pueden explotar a nadie, porque son los más explotados; éstos, no cabe duda que se ven obligados a soportar el peso de todos, puesto que, de peldaño en peldaño todo cae sobre ellos.

Por esta causa digo que, aun suponiendo que se emprendieran las más vastas e importantes obras públicas, podría proporcionarse trabajo momentáneamente, a la mayoría de los que no lo tienen, pero sería en detrimento del trabajo futuro, sería hipotecar el porvenir, y tenemos derecho a pensar que ésta no sería una solución razonable.

Se ha hablado igualmente de rebajar la edad de los retiros y pensiones; en lugar de los 65 años, el retiro se concedería a 60 o en vez de 60 a los 55 y así sucesivamente, para dejar sitio libre a los que lo necesitan.

Se habló también de las vacaciones pagadas.

Procuró no olvidar ninguno de los remedios que se han propuesto, a fin de que no podáis decirme luego que he analizado éstos o aquéllos, pero que adrede he omitido tal o cual.

Pues bien, declaro que tanto los vastos planes de obras públicas, la prolongada frecuentación de la escuela, los retiros y pensiones en edades menos avanzadas y las vacaciones retribuidas — aun siendo paliativos que podrían atenuar momentáneamente la crisis — no son verdaderos remedios y, por consiguiente, si mitigan relativamente la crisis, no la conjuran.

De memoria, sin detenido análisis, citaré asimismo los vastos planes señalados por los Consejos económicos y por la Oficina Internacional del Trabajo. Estos vastos planes ya sabéis que son: la producción regulada, el reparto de las materias primas entre las naciones, según las

no sólo resistir a las reivindicaciones obreras, como queda dicho, sino también disminuir los salarios cuando la situación es favorable para semejante rebaja.

«No sólo me niego a aumentaros el salario — dice el patrono —, sino que en breve os impondré una disminución de los jornales. La pésima situación de los negocios me obliga a ello. Y si no os conformáis, en la puerta hay buen número de hombres que no piden más que reemplazaros».

¿Habéis comprendido por qué hay y por qué ha habido siempre obreros sin trabajo? Pero, de vez en cuando, el número de parados aumenta en proporciones alarmantes. Solamente, entonces, y no antes, se dice que hay crisis.

LAS DOS CARACTERISTICAS DE LA CRISIS ACTUAL

La crisis actual, queridos compañeros, presenta dos aspectos bastante raros. 1.º Es mundial; 2.º Alcanza a casi todas las ramas de la actividad industrial y comercial.

Y por ser mundial y abarcar todas las industrias y comercios, reviste tanta gravedad. Porque cuando la crisis sólo azota a una región o a un país, o únicamente la resienten dos o tres industrias, aquellas regiones, esos países, estas industrias, pueden recurrir a las regiones o industrias vecinas, extraer de ellas lo que les falta o descargar en las mismas el exceso de producción.

Existe lo que en física se llama la teoría de los vasos comunicantes. Esta teoría la conocéis sin duda; no necesito, por tanto, detallarla. Es aplicable igualmente a la vida económica de la sociedad. Hay los vasos comunicantes de una industria con otra y de un país o una región con otras.

Pero cuando la crisis no se limita a una industria, sino que las alcanza a todas por igual, la teoría de los vasos comunicantes ya no rige; entonces se produce la paralización completa y total de las actividades. Y esto es, vuelvo a repetirlo, lo que agrava excepcionalmente la crisis del momento presente.

¿EXCESO DE PRODUCCION O INSUFICIENCIA DE CONSUMO?

Las opiniones son discordes. Unos dicen: Es una «crisis de sobreproducción». Mientras que los otros afirman: «Estáis en un error, se trata de una crisis de falta de consumo». Por mi parte, creo que los primeros tienen razón y que los segundos no se equivocan, pero, no obstante, afirmo que ambos yerran, puesto que tengo una concepción distinta a la suya. Yo digo que no solamente hay crisis de sobreproducción o falta de consumo. Sino que es al mismo tiempo una crisis de ambas cosas a la vez.

Los que afirman que la crisis es de *superproducción*, aseguran que se produce en exceso. Los que sostienen que la crisis es de *subconsumición*, declaran que no se consume lo suficiente. Yo en cambio, digo: «Por una parte se produce con exceso — *superproducción* —; por otra no se consume bastante — *subconsumición* —. Hay paro forzoso porque hay *superproducción*. Pero ésta existe a causa de la falta de consumo».

Esto os va a parecer, tal vez, un poco complicado; veréis en el transcurso de la demostración que voy a hacer, en términos tan sencillos, claros y precisos como me sea posible, que la dificultad de comprensión desaparecerá.

Delimitemos el problema y procuremos ser claros y precisos.

La producción, queridos camaradas, está condicionada, en la actualidad, a cierto número de factores, de la que es, como si dijéramos, el total, o, si lo preferís el coeficiente general. Está condicionada, en primer lugar al rendimiento del suelo y del subsuelo; luego, al desarrollo del utillaje mecánico; en tercer lugar a los progresos de la técnica; en cuarto lugar al número de trabajadores, y en quinto, a la duración del trabajo diario.

Tales son los cinco factores que entran en juego; si vosotros halláis otro — aunque he estudiado el problema y creo que lo hice a fondo — os agradeceré que me lo comunicuéis.

Voy a repetirlo porque es muy importante: la producción en la actualidad, está controlada, medida y condicionada por:

- 1) El rendimiento del suelo y del subsuelo.
- 2) El utillaje mecánico.
- 3) La técnica.
- 4) El número de obreros.
- 5) La duración de la jornada de trabajo.

Vamos a examinar rápidamente cada uno de esos factores.

El rendimiento del suelo y del subsuelo va mejorando sin cesar. Ya no vivimos en aquellos tiempos en que se ignoraban los principios elementales de la agricultura. En la actualidad el cultivo de la tierra es una ciencia que se practica metódicamente. El agro está cuidado, cultivado y abonado en condiciones claramente determinadas que los agricultores conocen perfectamente. De tal forma, que el suelo produce cantidades abundantes ayudado por los abonos químicos.

¿Y el subsuelo? Hubo un tiempo en que apenas se concebía ni se conocía la manera de extraer de las profundidades, de las entrañas de la tierra, las riquezas que hay enterradas: metales y minerales de toda clase, hulla, petróleo, etc. Hoy, esta extracción se realiza de manera cada vez más perfecta y ordenada, y, por consiguiente, más productiva. ¡El rendimiento del suelo y del subsuelo mejora, pues, sin cesar!

Instrumentos mecánicos. — Todos sabemos que la máquina ha invadido poco a poco casi todos los dominios de la actividad humana; que tanto en la industria como en la agricultura, reemplaza ventajosamente al obrero de carne y hueso llamado hombre, y que la máquina, cuyos músculos son de acero o de hierro trabaja sin fatiga y casi sin

cinco horas de trabajo no hay suficiente, ¡ocho horas todavía son pocas! Acordáos de lo que decían cuando se trató de implantar la ley de las ocho horas; cómo se rebelaban contra ella. ¿Qué dirán si les hablamos de una jornada de siete, de seis o de cinco horas?

Pero, hay más aún, no solamente debemos combatir la *superproducción*, sino que es indispensable hacer que aumente el consumo. Para ello, no hay otro camino que el de elevar los salarios al tiempo que se disminuye el horario de trabajo.

Mas, todo esto, queridos amigos, no podemos imaginar alcanzarlo ahora. No hallaremos nunca, ni en Francia ni en ninguna nación, una clase capitalista o un Estado burgués y autoritario que consienta en adoptar semejantes medidas. ¡Es inútil esperar que el régimen actual se avengan a aumentar los salarios y a reducir la duración del trabajo!

Y, sin embargo, es la única que preconiza la lógica. Es lo que impone la razón.

Pero la Sociedad capitalista es ajena a todo razonamiento lógico.

REMEDIOS INEFICACES

Háse presentado como panacea la empresa de trabajos públicos. Dudo de que, aun emprendiendo los más vastos planes de obras públicas, pueda darse ocupación a los treinta millones de parados que, en todo el mundo, tienden los brazos para asirse a un trabajo cualquiera sin hallarlo. Para lograrlo sería preciso reunir capitales enormes, millares de millones, y con ello, ¿no hipotecaríamos el porvenir? ¿Acaso no agravaríamos el futuro al pretender aliviar el presente? Las obras públicas solamente pueden emprenderse mediante amplios empréstitos. Ya habéis leído en los periódicos que el Gobierno va a recurrir nuevamente al sistema de empréstitos — que ha tiempo había suprimido — porque la Hacienda está exhausta y es preciso reanimarla. Va a abrirse, pues, otra era de empréstitos. Pero como quiera que dichos empréstitos habrán de producir una ganancia, un interés, ¿quién pagará en realidad? Es el círculo vicioso en el que nos debatimos hasta tanto no lo rompamos: quién pagará los empréstitos y los intereses será el propio trabajo.

¿Por qué será el trabajo? Lo sabéis perfectamente. Porque debido al mecanismo económico y financiero que rige al mundo actual, siempre es el obrero quien, indirectamente, por vías tortuosas, soporta en última instancia todas las cargas de los impuestos y tributos. Y no puede ser de otro modo. Ya os lo explicaron varias veces, yo mismo os lo dije hace unos días: podremos mirar y remirar la sopera de los impuestos; pero mientras no la rompamos sobre la cabeza de los capitalistas no habremos hecho nada útil.

¿Por qué? Fácil es comprender. Cuando la clase capitalista se ve obligada a entregar al fisco, en concepto de impuestos o tributos, una suma determinada, cuenta ya con la posibilidad de recuperarla explotando a otros. Y, menos mal si el capitalista no se aprovecha de ello para aumentar sus beneficios.

¿Qué haremos, pues, para producir menos? En primer lugar, queridos camaradas, es preciso, es indispensable, reducir el número de obreros, es decir: por una parte atemperar la natalidad, y por otra (de ello se encarga ya la crisis, no necesitamos intervenir nosotros en ello) aumentar los óbitos. Mientras no llegue a establecerse una especie de equilibrio entre la población y los medios de subsistencia de que aquella puede disponer, habrá forzosamente, habrá siempre crisis. Es necesario, pues, disminuir la natalidad. Cuando oigo a los «padres conejos» aconsejarnos que procreemos más hijos, cuando exaltan las familias numerosas, cuando veo que se atreven a solicitar para hogares prolíficos ventajas especiales — como la exención de ciertos impuestos, viajes a precios reducidos, y toda esa serie de primas como premio a la fecundidad, todas esas recompensas y sumas puestas a disposición de las familias numerosas — me pregunto si no estarán locos.

¿Cómo? Existen ya treinta millones de sin trabajo, treinta millones de individuos que no piden más que trabajar y que no podéis emplear, a los que os es imposible proporcionar trabajo, ¿y queréis aumentar todavía el número de obreros? ¿Estáis locos?

¿He dicho locos? Creo que lo están.

Una voz. — ¡Son unos farsantes;

Sebastián FAURE. — Eso es. Farsantes y criminales. Necesitan carne de cañón, innumerables obreros, para poder manejar mejor esa levadura que produce para ellos. Quieren prostitutas, carne de placer, porque, en realidad, su régimen necesita de todo ello. Y, sin inquietarse por las muertes que ocasionan y las lágrimas que hacen verter, sin preocuparse por las privaciones que imponen a los pobres, piden más niños, inducen a la procreación numerosa. Pero el remedio no es ese, compañeros. Al contrario, la solución del magno problema actual hállase en el descenso de la natalidad, en la procreación limitada, en la generación consciente e instruida.

Los más anemiados, aquellos que sufren extremas privaciones desde ha largo tiempo, los que han visto instalarse en sus hogares la más abrumadora miseria, asisten, crispadas las manos, a la lenta agonía y al fallecimiento de cuantos están ya agotados por luchas anteriores. ¡Pero la mortalidad no me inquieta! Ahí está la crisis que se encarga de aumentarla diariamente!

Así, pues, es indispensable que en primer lugar limitemos la natalidad. Inmediatamente habremos de imponer la reducción de la jornada de trabajo.

Si, calculándola en ocho horas de duración, la jornada de trabajo nos conduce a la superproducción, es evidente que disminuyéndola, rebajándola de un cuarto, por ejemplo, dejándola en seis horas, habrá posibilidad de dar empleo a la cuarta parte de individuos que se hallan en paro forzoso. La reducción de la jornada, representa, pues, una solución.

Y, si queremos combatir la falta de consumo, es indispensable aumentar los salarios. Esta es la reforma más difícil.

Con sólo insinuar el deseo de reducir la jornada de trabajo, los patronos ponen ya el grito en el cielo. Les parece que con siete, seis,

esfuerzo a condición de que se le proporcione su ración de combustible.

La técnica, es evidente que progresa a pasos agigantados.

El número de trabajadores aumenta en proporciones desmedidas. He procurado traer (porque hay muchos que ignoran estas cifras) algunos datos numéricos que indican el movimiento de la población del globo. Escuchad bien, porque son muy elocuentes:

En 1810, la Tierra no contenía más de 680 millones de seres. En 1913, la cifra había aumentado a 1.750 millones de habitantes. He aquí, pues, a una humanidad que necesitó millones de años para producir 680 millones de habitantes, y que de un salto, en el espacio de un siglo, ha doblado (y algo más) su población.

Concretándonos a Europa, he aquí cual ha sido el movimiento de población. En 1810, 180 millones de habitantes; en 1913, 450 millones. Han bastado 103 años para triplicar la población del viejo mundo.

¿Y de 1913 a 1928?, me diréis. ¿Cuál ha sido el movimiento de población? ¿Ha aumentado o disminuido?

Oíd estas cifras y reflexionad, luego: En Europa había, en 1913, 450 millones de habitantes; en 1928, 526 millones, o sea, 76 millones más. África contaba con 140 millones de habitantes en 1913; y con 142 millones en 1928, había aumentado en 2 millones; América tenía 180 millones en 1913, y 212 millones en 1928, por lo tanto había aumentado en 32 millones. En Asia: 1913, 800 millones; en 1928, 1.000 millones, el aumento fué de 200 millones.

No voy a insistir acerca del significado de estas cifras. Me parece que por sí solas tienen suficiente elocuencia para que os deis por enterados de este hecho preciso, a saber: que el número de obreros ha aumentado en proporciones formidables, al mismo tiempo que ha venido a competir con los brazos y músculos humanos, la maquinaria, que iba perfeccionándose y se multiplicaba en todas las ramas de la industria agrícola o manufacturera.

Podéis imaginar, pues, que, en semejantes condiciones, es fatal que la producción sea cada vez más abundante. Únicamente podría atenuarla la duración del trabajo, y aun sería indispensable que ésta disminuyera en proporción adecuada. Pero la duración del trabajo permanece casi estacionaria. Es cierto que hace algunos años se votó la ley de las ocho horas de trabajo; pero no se ha aplicado seriamente nunca, y gran contingente de obreros podrían recitar su mea culpa diciéndose: «¿Por qué he trabajado tanto? ¿Por qué me presté a laborar en horas extraordinarias, si esas horas que trabajé hace cinco, seis o diez años, vuélvense contra mí y me obligan, ahora, a no trabajar?»

Si añadimos a este cúmulo de cargos la racionalización que tiene por objeto y resultado multiplicar y perfeccionar el utillaje, desarrollando intensamente la técnica a fin de obtener el mayor rendimiento en un mínimo de tiempo, comprenderemos claramente un hecho que, sin estas explicaciones previas, podría parecer extraño y hasta inverosímil, a saber: que la producción, desde hace algunos años, ha aumentado prodigiosamente.

En una sociedad bien organizada este resultado no podría menos

que beneficiarnos y ser fuente de alegría. El consumo estaría determinado por la cantidad de necesidades a satisfacer, que, en tal caso no tendría límite. Y la producción podría ser prudente y razonablemente limitada a las necesidades del consumo. Por consiguiente, habría equilibrio entre las posibilidades de producción, que serían siempre considerables, y las facultades de consumo, las que, por multiplicarse sin cesar las necesidades, y a causa del constante deseo del hombre de mejorar y vivir mejor, progresan continuamente.

Pero no es así. El consumo no está regulado por la cantidad de necesidades que deben satisfacerse. Su medida es la capacidad de compra.

Entiendo por capacidad de compra los salarios e ingresos con que la clase más numerosa, la masa consumidora, debe contentarse. La capacidad de consumo hállase limitada por los recursos de que dispone la multitud, el innumerable contingente de aquellos que viven de los estipendios insuficientes, fijados por el nivel de los salarios, de los ingresos de los retiros, pensiones, etc., etc.

Porque, como ya sabéis, el salario no es una cosa fija y absoluta. No representa una gratificación que podemos guardar, ni un beneficio susceptible de ser acumulado o colocado a la reserva. El salario solo tiene un valor relativo, proporcional. No está destinado a ingresar en una cartera, a dormir el sueño de los justos, reproducirse, como el capital. El salario no se ha hecho para que permanezca en el bolsillo del obrero, sino para que se transforme diariamente en objetos de consumo de toda naturaleza, puesto que el asalariado debe vivir. Para ello debe comer y beber, cobijarse en una vivienda, calzarse, vestirse, en una palabra, debe tener todo lo indispensable para la vida. Es el salario y solamente el salario, quien le permite hacer frente a estas necesidades.

Pero el salario, compañeros míos (no voy a enfrascarme en prolijas explicaciones porque ya sabéis que no acostumbro a hacerlo) el estipendio es siempre inferior al valor del trabajo efectuado. La remuneración no corresponde nunca a la plusvalía que el trabajo incorpora a la materia prima que aquel transforma en productos manufacturados. El salario no equivale nunca al producto íntegro del trabajo. El trabajador no percibe nunca el producto total de su trabajo, de su rendimiento. El sueldo no es otra cosa que la parte, LA PARTE, ¿comprendéis? que el capital concede al trabajo que lo fecunda. La otra parte es el beneficio, el descuento, la ganancia—llamadlo como queráis—que retiene el capital, en razón, según aseveran los economistas, de la inmovilización del capital empleado, para amortizar este capital empleado, para amortizar este capital y como compensación de los riesgos corridos.

No creáis que esta expoliación, que se ejerce sobre el productor por ser lo que es, sea la única. Lo característico del régimen capitalista es eso, robarle dos veces al proletariado. La primera lo es como productor, puesto que sólo percibe una parte del valor de su trabajo. La segunda lo es como consumidor, porque, cuando ha cobrado su

que traerá como consecuencia la pérdida de Francia y la ruina universal? Nosotros somos los únicos que podemos salvarlos, los que traemos una solución para remediar el caos!

Ya os conocemos, buenos apóstoles.

Veamos ahora, y para terminar con este examen que es una especie de revista general, lo que propone la prensa de «los señores honrados». La prensa de los «señores honrados», me recuerda una frase que quiero citar: «Qué crápulas son esos señores honrados». ¿Y qué solución preconiza esta prensa? Ninguna; no hacen más que patear y berrear.

Un día dice: «Limitaos» y entonces nos cuenta el ejemplo de cierta princesa o de algún millonario, que ante la calamidad que azota al mundo renunció a un vestido que costaba 200.000 francos o a una joya que estaba valorada en un millón. ¡Limitad gastos!

A la mañana siguiente la prensa reconoce que restringir los gastos es limitar el consumo y por consiguiente agravar el mal. Entonces se rectifica y dice: «Gastad, gastad mucho». Y el señor Clemente Vautel, en «Le Journal», indica, como remedio a la situación, que todavía no ha llegado el momento de hacer la «gran penitencia», al contrario, debemos gastar, gastar lo más posible.

¿No es una burla sangrienta esta de aconsejaros que gastéis mucho? Sólo podemos gastar a condición de tener dinero, y vosotros, obreros, no lo tenéis. ¿Cómo pueden daros semejantes consejos cuando saben que estáis imposibilitados de seguirlos? ¡Se burlan cruelmente de vosotros! ¡Ay! por desgracia no podéis reducir gastos, porque incluso os falta lo indispensable.

Esto es cuanto los gobernantes, los eclesiásticos, los partidos políticos y la prensa honrada y de sentido común, presenta como solución al problema del paro.

LO QUE EXIGE LA LOGICA

¿Qué nos sugiere la lógica? La lógica tiene exigencias. Si admitimos, como creo haberlo demostrado, que la crisis actual es a un tiempo de superproducción y de falta de consumo, inmediatamente acuden a nosotros varios remedios.

En primer lugar, precisamos producir menos, inmediatamente es indispensable aumentar el consumo.

Puesto que hay superproducción, es necesario combatirla con la subproducción. Si hay poco consumo, debemos combatirlo con la sobreconsumición. La lógica, por sí misma, indica este medio. Pero ¿cómo emplear estos medios prácticamente? ¿Cómo disminuir la producción y aumentar el consumo? Razonemos.

Para disminuir la producción, no habrá necesidad de romper las máquinas. Creo que nadie ha pensado en aniquilar los progresos realizados, en destruir las maravillas que las invenciones precedentes y las actuales ponen a disposición del obrero. Persona alguna puede pensar en despedazar la máquina, en disminuir su esfuerzo, en aminorar su rendimiento.

capacitado de este régimen, el hombre de la prosperidad y de la realización... que se presentó al Parlamento el 23 de febrero del corriente año. Vais a ver con qué desenvoltura, con qué cinismo habla de la crisis:

«Nos quedan las dificultades económicas de las que es dolorosa expresión el paro forzoso. Nuestra agricultura ha sido la primera en sentir los efectos...» (Con esto se justifica que Tardieu era ministro de Agricultura). «Nuestra agricultura fué la primera en sufrir las consecuencias. Y a pesar del conjunto de medidas que la salvaron de un peligro mortal, debe ser defendida con atención. Nuestra industria y nuestro comercio reclaman, asimismo, la activa solicitud de los Poderes públicos. La situación de Francia, menos grave que la de otros países, es, en muchos puntos, delicada y penosa... Hoy como ayer haremos lo necesarios para salir a flote...» (Esto sí que no nos tranquiliza)... «para evitar lo peor y difundir lo mejor». Y no dijo más.

Este es el programa de los hombres que en la actualidad detentan el poder. Me apresuro a añadir en descargo del señor Tardieu y de su equipo, que tal vez otros personajes habrían usado un lenguaje distinto, pero no habrían hecho más.

¿Qué solución, después de los gobernantes — estamos pasando revista a todas las instituciones, interrogamos a los cuatro puntos cardinales — nos proponen los eclesiásticos?

Estos señores se limitan a hacer proposiciones. Debíamos aguardar a que intervinieran los sacerdotes. Siempre que alguna catástrofe asola a la Humanidad, podéis tener la seguridad de que esta especie de cuervos acuden para arrojarse sobre el enfermo, el agonizante o el cadáver.

Y la única solución que la Iglesia encuentra para remediar el paro, es la de tender la mano, como de costumbre. Solicitan dinero... más dinero y siempre dinero. ¡Ah!, pero lo piden para luchar contra el paro forzoso. Solicítanlo para proporcionar trabajo a cierto número de brazos inactivos. Y también para construir iglesias... como si Dios necesitara más viviendas, como si no tuviera ya bastantes.

He aquí todo lo que la Iglesia ha ideado como remedio a la falta de trabajo. He de hacer observar, además, que no he visto que en las listas de suscripciones para este fin figurase el nombre de Monseñor Verdier ni el de ninguno de sus satélites. Ellos no dan, solamente piden. Quienes deben hacer donaciones son los demás, ellos no tienen otro quehacer que recibir. Es así como pueden construir espléndidos edificios.

Y los partidos políticos, ¿qué nos proponen? Los partidos políticos están por completo entregados a la fiebre de las próximas elecciones. Cada uno de ellos se erige en salvador. Desde los que quieren restaurar en el trono a los cuarenta reyes que en mil años tuvo Francia, hasta aquellos que en la extrema izquierda, hablan de precipitarnos en no sé qué absurda dictadura... todos se erigen en salvadores. Todos pretenden que bastará votarles para que mejore la situación.

¡Votadnos a nosotros, dicen los socialistas, únicamente el socialismo puede salvarnos!

¡Votadnos, hombre de derecha, responden los otros, votad a los hombres de orden; ¿no véis que quieren precipitarnos en un horrible abismo,

salario, se ve obligado a convertirlo en toda clase de mercancías, con lo que tiene lugar un nuevo descuento, que va desde el comercio mayorista al de detall, pasando por toda la horda de parásitos, llamados intermediarios.

De todo ello resulta que, cogido en una especie de red comercial, después de ser más o menos robado por el capitalista que le emplea, se ve despojado nuevamente por el comerciante que le proporciona o vende los objetos, los productos que le son indispensables.

¿Concebís, ahora, cuál es el carácter fatal de la subconsumición? Falta de consumo determinada en primer lugar por el salario, que es inferior a su valor verdadero. Falta de consumo determinada, en segundo lugar, por la capacidad de compra, reducida considerablemente por el precio de la mercancía al salir del centro productor y el que adquiere al ser vendida a quien debe consumirla. La falta de consumo reducida, produce plétora, atascamiento, una especie de congestión del mercado.

Esta acumulación de productos no vendidos, acarrea forzosamente la paralización del trabajo. No se produce por producir, sino por vender; los productos deben despacharse; cuando los almacenes están abarrotados, cuando los graneros rebosan, cuando los depósitos se han acumulado hasta el punto de que no es posible agotarlos, de que no hay transacciones al ritmo normal del consumo, se produce un embarazo tal, una parálisis tan general en el mercado, que de manera natural la diferencia entre la producción que se estaciona y el poco consumo que no logra absorber los productos acumulados se hace muy considerable. Entonces hay crisis. Y ella es tanto más profunda cuanto está provocada a la vez por un exceso de producción y por una falta de consumo que se distancian constantemente.

Una vez iniciada la crisis, poco a poco va adquiriendo mayor extensión y profundidad. ¡Ah! con qué diafanidad comprendemos la crisis actual, con sólo retroceder a doce o trece años atrás. La guerra había terminado, acumulando ruinas, amontonando escombros, devastaciones y desastres, había privado a la humanidad de la flor y nata de sus juventudes, de la fuerza vigorosa de sus treinta millones de hombres que, muertos o mutilados, no eran aptos para el trabajo. Era preciso reconstruirlo todo, reparar las ruinas, resucitar una parte de la civilización que había sido tragada por aquella ola: la guerra.

Recordad lo que os decían entonces: «¡Producid! ¡Producid!» Y, en efecto, se produjo a manos llenas, trabajóse en serie, se fabricaron muebles, máquinas, tejidos, calzados, autos, casas; se trabajó noche y día; luego, en un momento dado (estamos ahora en él) hemos debido detenemos porque se había producido en exceso y consumido poco.

Perdonad, queridos amigos, el verbo un poco doctrinal, y las frases algo duras y severas que pronuncio hoy en esta tribuna. No os he acostumbrado a este lenguaje, porque otras veces me he limitado a una especie de gradilocuencia, a flores retóricas; cuando cantamos a la vida, cuando exaltamos la alegría de vivir, o hablamos del amor, de todo lo que embellece la existencia, podemos entregarnos, porque

con naturalidad el tema nos inclina a ello, a los preciosismos, a las imágenes, a los adornos literarios. Pero cuando tratamos un asunto grave, austero y doloroso a la vez, debemos adoptar la norma de no salirnos del tono que le conviene a tal asunto. He aquí por qué esta noche uso un estilo que ordinariamente no es el mío. Pero era necesario que no usara otro. Para un tema grave precisase un lenguaje de gravedad; para un asunto doloroso, debemos emplear acentos de condolencia. Y continuó.

LA ACTUAL ES UNA CRISIS DE REGIMEN

Alguien ha dicho que la crisis actual es crisis de régimen. La frase no es exagerada. El perfectamente exacta. Sí, es una crisis de régimen porque pone en evidencia toda la economía capitalista; porque demuestra palmariamente lo absurdo del sistema social presente. ¡Absurdo, sí! ¿No es el colmo de lo disparatado que millones de seres se vean privados de lo indispensable cuando hay montañas de productos esperando consumidores, y cuando en algunos países se arrojan al mar millones de toneladas de varias substancias alimenticias? Trabajadores que me escucháis, sois vosotros quienes habéis acumulado todas esas riquezas, estos tesoros de vida; vosotros sois quienes, por medio de vuestra laboriosidad perenne, por vuestro trabajo de todos los días, las habéis amasado, y, al lado de estos tesoros, que deberían perteneceros puesto que los creásteis, os veis reducidos a las mayores privaciones y a la miseria! ¿Qué hay en vuestro cerebro, en vuestro corazón y en vuestro vientre? ¿A qué aguardáis para decir que semejante régimen lo es de locura, que es intolerable, que es profundamente injusto, que es un régimen que atropella e insulta la inteligencia, en el corazón y las entrañas de la Humanidad?

¿Acaso esta crisis no evidencia plenamente la maldad criminal del régimen en que vivimos? ¿No es un crimen, y tal vez el más odioso de todos, éste que presenciamos como espectáculo? Antes que avenirse a una reducción de los beneficios, antes que rebajar el precio de las mercancías, de todos esos productos que vuestro trabajo acumuló, prefieren arrojarlas al mar, hacerlas servir de combustible para dar fuerza a sus máquinas o dejar que se pudran en los almacenes. ¿No es éste un crimen odioso, cuando hay mujeres y niños, ancianos y enfermos, toda una multitud de famélicos, que agonizan faltos de alimentos, y que literalmente, son diezmados a diario por las privaciones?

¡Claro que no mueren en la calle! Es un espectáculo que hay interés en que no presenciemos. La acusación que se alzaría contra el régimen sería, en tal caso, mucho más enérgica, sería violenta! Y quieren evitar el escándalo. Así, pues, no mueren en la calle, los que fallecen de inanición, los que hace uno, dos, tres o cuatro días que no han comido; sino que sucumben en cuchitriles y en barracas, en los misérrimos barrios obreros de la ciudad y del campo, por centenares de miles. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, en Francia, hay seres que están ya minados por la anemia, que viven cons-

tantemente luchando con toda clase de dificultades, y que, desde que la crisis se ha agudizado hallan aun más difícil la subsistencia. Entre estos organismos agotados, deprimidos por una especie de agonía lenta, ¿cómo es posible hallar fuerzas para resistir?

¿No es, por consiguiente, un crimen, el más odioso de todos, el de privar de alimentos a aquellos que los necesitan, a seres humanos hambrientos, a fin de que otros, que acapararon todas las riquezas, no experimenten un descenso en sus beneficios?

SITUACION CONFUSA

Y, sin embargo, camaradas, no hubo nunca un régimen más poderoso que el capitalista. Régimen alguno, de los que consigna la Historia, fué más libre de obrar a voluntad. Jamás el mundo capitalista estuvo tan perfectamente organizado como lo está de algunos años a esta parte. Nunca los patronos estuvieron tan solidarizados. Pero, ¡ay!, el proletariado no estuvo nunca tan sometido, tan dividido ni más desorganizado.

Dueño de la situación, el régimen capitalista podía y debía dar toda su medida. Ha hecho todo lo que ha querido, todo cuanto ha querido. Lo ha hecho con entera libertad, sin encontrar ante él los obstáculos, las resistencias que esperaba. ¡Todos se inclinaron ante la ley del amo!

Y he aquí que este régimen que—vuelvo a repetirlo—se hallaba situado en las condiciones más favorables para dar cuanto podía de sí, encuéntrase cogido en una situación confusa, inextricable, y, por así decirlo, desesperada; ante problemas que parecen insolubles; precipitado en una especie de callejón sin salida. ¿No es éste el síntoma, el indicio, la imagen de un régimen que toca a su fin, que entra en descomposición? Repito, pues, que es una crisis de régimen.

Y cuando afirmo que la sociedad capitalista ha llegado a su extremo, cuando asevero que se halla frente a problemas insolubles y dificultades invencibles, no exagero. Por qué, ¿qué medidas se han propuesto para remediar la situación actual? Pasemos rápida ojeada por los remedios, numerosos y variados, a menudo opuestos, que se han preconizado.

¿QUE SOLUCIONES NOS PROPONEN?

¿Qué sugerencias nos proporcionan los gobernantes? Ninguna. Están callados. Los parlanchines del Parlamento guardan silencio. Claro que de vez en cuando hablan de crisis, y dicen que se ocuparán de ella... Igualmente, de tiempo en tiempo consagran alguna sesión al problema del paro forzoso y a la crisis. ¿Pero qué sale de ellas? Viento. ¡Verba et voces! y nada más.

La prueba de lo que digo no debo ir a buscarla muy lejos, me la proporciona la propia declaración ministerial de Tardieu, el hombre más

ENCUESTA INTERNACIONAL

DE "CENIT"

El compañero Fontara ha iniciado, por medio de una serie de preguntas formuladas a diversas personalidades internacionales de nuestro movimiento, una encuesta destinada a ser acogida en las columnas de «CENIT». He aquí la primera respuesta obtenida, en la que se abordan problemas de candente actualidad.

UNAS PREGUNTAS A PAUL LAPEYRE



ON el propósito de obtener una amplia referencia de opiniones por parte de aquellos elementos más conocidos por su actividad en el área del anarquismo internacional, fueron redactadas una serie de preguntas, a modo de encuesta. Ocupaciones insoslayables me impidieron desarrollar el plan trazado, relegándolo para más propicia oportunidad.

Algún compañero, de acá y acullá, fué, no obstante, consultado. Uno de ellos, el conocido anarquista francés Paul Lapeyre. Su actividad en la propaganda ideológica ha sido y es constante, incansable. Requerido por organizaciones afines, o por núcleos de compañeros deseosos de desarrollar, en sus respectivas localidades, una campaña de difusión libertaria de envergadura, por la solidez de los argumentos puestos a la consideración del auditorio; a la consideración y juicio de los amigos y de los adversarios.

Paul Lapeyre se ha entregado con fervor de idealista, anhelante de proselitismo, a la labor que le ha sido encomendada. En plan de propaganda libertaria ha recorrido Francia de uno a otro confín. En mítines, o conferencias, ha expuesto el ideario anarquista con claridad meridiana. Lo mismo en pequeñas ciudades y pueblos de provincia que en las grandes capitales, Paul Lapeyre es hartamente conocido como anarquista culto y preparado para difundir ideas y polemizar en torno a ellas.

A tenor de aquellos aspectos en los que mayormente se ha especializado en su propaganda oral o escrita, han sido formuladas las preguntas puestas a su consideración.

He aquí las cuestiones planteadas y lo que, en torno a ellas, ha ido manifestando nuestro compañero Paul Lapeyre:

—¿Cuál es, desde el punto de vista anarquista, el peor prejuicio que a las religiones les puede ser atribuido?

—Las religiones desarrollan una concepción arquista (autoritaria y jerarquizada) del hombre y de la sociedad. Ello es

una realidad desde todos los puntos de vista: intelectual, moral, social, etc.

—¿Cuál puede ser la acción más eficaz para combatir a las religiones?

—En primer lugar, prescindir de ellas en absoluto. En lo que se refiere a uno mismo, y, sobre todo, con referencia a los hijos.

—¿Consideras que pueda haber libertarios que sean deístas?

—Sí, pero hay en ello una cuestión de vocabulario: ¿Cómo marcha el universo? ¿Existe, en su base, una causa única? ¿Hay un principio inteligente? Los deístas creen que sí, y a este principio le llaman «dios». Ateniéndose a ello, pueden ser a la vez deístas y libertarios. Pero fácil es deslizarse del deísmo a la religiosidad, y de la religiosidad a las prácticas religiosas. De ahí que si tuviera que responder con un «sí» o un «no» a esta cuestión respondería: ¡No! Que los deístas cambien de vocabulario y dejen la palabra «dios» a la religión, que es su verdadera propietaria.

—¿Estimas que puede haber personas religiosas que, a la vez, sean de buena fe?

—Ciertamente. No todas las personas tienen un espíritu curioso. Algunos aceptan fácilmente todo lo que se les enseña. Y la enseñanza religiosa les ha dejado una imborrable huella.

—¿Cuál es tu opinión al respecto del llamado «Socialismo cristiano»?

—Desde el momento en que los obreros han tomado conciencia (por poco que sea) de sus intereses, en tanto que clase, la Iglesia considérase obligada a ocuparse de ellos. Ello no es más que un engaño-bobos en los países de dictadura, como en España. En los países democráticos se ve constreñida a ir bastante más lejos. Una tal misión le resulta repelente, mas no puede abandonarla sino quiere perder los obreros que aún le son fieles.

—¿Qué piensas al respecto de las actividades de los sacerdotes-obreros en las fábricas y talleres?

—Es esta una cuestión ya zanjada: Una vez en las fábricas, los sacerdotes-obreros todos han condenado la actitud de la Iglesia. Es por ello que la Iglesia les ha vuelto a llamar. Los que quedan son insumisos, no han hecho caso de las amonestaciones; o bien se trata de sacerdotes que tienen una actividad manual de algunas horas. Ya no son obreros. El ensayo

de los sacerdotes-obreros ha terminado por ser un fracaso para la Iglesia.

—¿Consideras que en la propaganda anarquista hay aspectos que merezcan ser modificados?

—Prefiero decir que la propaganda anarquista tiene necesidad de ser mejorada y que en algunos de sus aspectos hay más necesidad de ello que en otros. Este mejoramiento es fácil si cada uno pone de su parte, en vez de dejar que sea tan sólo un pequeño núcleo el que trabaje para después criticarlo.

Cuando un compañero escribe un artículo estoy seguro que en ello pone todo su talento, todos sus conocimientos. Ninguna decisión de congreso puede aumentar su talento. Y escribirá bien mal si ha de hacerlo sobre un tema que no conozca o que no le interese. Mas, si otro compañero escribe un artículo aún mejor sobre un tema más útil, la propaganda, con ello, será mejorada de inmediato. Y esto es igual para la propaganda oral como en la propaganda escrita, lo mismo en la específica que en la sindical.

—¿Qué opinas al respecto del anarquismo como movimiento social en el mundo entero?

—El anarquismo vive ya desde hace cien años. Esto es suficiente para probar que no se trata de un movimiento circunstancial sino que responde a una corriente de ideas fundamental. Puede quedar largo tiempo como una simple corriente de opinión, o que se realicen de un modo acelerado lo que son sus objetivos; lo que no puede es desaparecer.

—¿Estimas que, en estos últimos tiempos, ha habido desviación en el movimiento anarquista?

—Ciertamente, pero no más en estos últimos tiempos que en los anteriores. Siempre ha habido desviaciones. Incluso los propios fundadores de la doctrina anarquista han olvidado algunas veces los principios que acababan de definir. Prueba de ello la tenemos en Bakunin y la aventura de Netchaief; Kropotkin y la guerra del 1914. Tengamos en cuenta también: los jóvenes libertarios de Almeréyda, transformados en las Juventudes Socialistas de Gustavo Hercé; a los errores de la revolución española, etc... Tales desviaciones causan siempre un perjuicio considerable, material y moral, mas, después el movimiento los elimina y reemprende su ruta. Por el solo hecho de considerarse anarquista una organización, incita a los jóvenes a estudiar nuestros «filósofos». Y ello es ya suficiente para hacer volver el movimiento a su línea.

Una desviación será peligrosa cuando haya un hombre que sea capaz de escribir una obra doctrinal seria, aliando el anarquismo al principio autoritario. Considero la cosa imposible. En todo caso los intentos hechos hasta el día han resultado más bien ridículos.

—¿Crees que, como pensaba Guyau, se puede dar como cierta la irreligión del porvenir?

—Sí; a menos que la humanidad degenera. Pero aquellos que lo creen se refieren a cambios cósmicos, que de hecho son imprecisables.

—¿Puede el anarquismo llevar a cabo actividades en común con otras organizaciones que no sean precisamente anarquistas?

—Con frecuencia he oído discutir en torno a esta cuestión. He visto condenar tales proyectos de unidad por aplastantes mayorías. Y he observado — con sorpresa — que los que más ardor habían puesto en condenarlas, ser los primeros en realizarlas cuando han podido. De ello he sacado la conclusión de que la acción difiere de la reflexión.

Si podemos realizar una acción solos, hay que hacerlo. Pero si ella necesita el esfuerzo coaligado de muchos, ¿qué se ha de hacer? No abrir impulso a la acción quizás fuera preferible; mas: si son los demás quienes lo llevan a efecto, ¿es que debemos nosotros abstenemos? Y, en tal caso: ¿Qué pensará el pueblo si nosotros nos abstenemos?

En todo caso, las realizaciones en común deberían limitarse estrictamente al momento de la acción.

—¿Te parece que, en verdad, existe una crisis del anarquismo en Francia?

—Es cierto. La aventura «fontenista» ha causado un daño considerable. Y las repercusiones indirectas son más intensas aún de lo que parece. Mas a la aludida causa circunstancial, se le han de agregar dos más de mayor importancia, en torno a los que hay el temor de hablar, ante la perspectiva de levantar interminables polémicas. Y, no obstante, es menester que alguien dé la campanada de alarma:

1º) Desde hace más de treinta años, el movimiento anarquista francés ha perdido la base sindical que le daba vigor. Todos los esfuerzos hechos para que volviera a adquirirla han sido canos. Así pues, los anarquistas aparecen como simples teorizantes. (Hay quienes dicen soñadores). Pueden bien indicar soluciones prácticas; al no tener la fuerza de realizarlas por sí mismos, nadie cree en su valor.

2º) La existencia en el mismo suelo de dos movimientos libertarios: el francés, y el español en exilio. El mal reside en las ilusiones producidas en los del primero por la existencia del segundo. Antes de la guerra, en muchas pequeñas ciudades, cuatro o cinco compañeros constituían el grupo que allí había. Vendían algunos periódicos, distribuían hojas de propaganda, organizaban algunas conferencias. En si constituían un centro de pensamiento anarquista. Al ver llegar cincuenta o sesenta compañeros españoles, creyeron que su acción iba a multiplicarse por diez. De ahí su decepción y su falta de interés en reemprender el trabajo (escaso en resultados) que antes venían realizando. Ellos no sabían que los anarquistas españoles no se consideraban aposentados en Francia. Ellos están «acampados» en uno u otro lugar; en «estado de alerta», preparados para, a la primera señal, dejarlo todo y volver a España. Entendámonos bien: Para volver en cuanto se manifieste la hora de la crisis. ¡Es una posición bien difícil de mantener cuando ella dura largo tiempo! Las costumbres más libres y el nivel de vida más elevado, incitan a que muchos se decidan a quedarse ya en Francia. Las mujeres son las primeras que se cansan de esta vida de «acampados». Trabajo, muebles, vajilla, crean vínculos que han de ser necesarios horas y días para conseguirlos romper. Queda solamente para mantener el «estado de alerta» la conciencia del militante. Más: que esta conciencia halle un terreno donde ejercitarse en Francia y nada más la detendrá. Los refugiados españoles de 1939 llegarán a hacerse «sudestas». He aquí por qué permanecen siendo «libertarios españoles». Ellos darán, de todo corazón un golpe de mano, en caso necesario, a los libertarios franceses; mas, ellos no pueden ser parte integrante en su movimiento.

Sería conveniente que los españoles (a menos de querer

TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION



Lo que importa reconocer

NUESTRO PODER DE DECISION

«**N**O hay efecto sin causa ni causa sin efecto», se afirma en el campo de la física. Es cierto. Negarlo es tanto como negar que existimos, rechazar cuanto la Ciencia ha descubierto hasta el presente acabando con las caprichosas y absurdas teorías religiosas sobre la formación del planeta Tierra, del origen de las especies vegetales y animales y de cuanto nos rodea conocido y por conocer. Fuimos «engendrados» por fuerzas ciegas viviendo, largo tiempo, casi a la manera de ser que «quiso» la que nos dió a luz: la Naturaleza, como cuando nacemos vegetamos al modo que quiere la que nos tuvo en su seno: la madre. Pero, como en todas las cosas, en el concierto de las innumerables especies precitadas la excepción justifica la regla. Entre todas las formas de ser existen-

tes, de todas las manifestaciones de la vida el sér humano es lo excepcional: pudo constituir su voluntad y determinar su superación y perfección orgánica, física, intelectual y moral.

Nada tiene principio, ni base, ni causa primera, ni procede de otra parte, etc., etc. Existimos porque existimos, como existe porque existe cuanto nos rodea. Es lo más breve y lógico que se nos ocurre sobre el problema de lo existente. La afirmación será todo lo simple que se quiera, pero ¿quién puede negar que **todo ha existido siempre?** Todos los principios vitales los contiene la «Vida Universal» en sus múltiples formas orgánicas e inorgánicas, tomando unas de otras los materiales que necesitan sin desaparecer nada, evolucionando e involucionando, transformándose todo permanentemente. El Hombre es el único, al parecer, capaz de superar el

modificar la orientación y la estructura de su movimiento) lo digan francamente a los franceses; y que dispersen las ilusiones perjudiciales que persisten en algunos lugares.

—¿Qué medios aconsejarías como los más eficaces para captar la juventud al anarquismo?

—¡El dejarlos en paz! Nosotros, los viejos, debemos dar a los jóvenes los medios para que se instruyan: libros, periódicos, folletos. Nosotros debemos ayudarles pecuniariamente a exteriorizarse. Por lo demás... que ellos mismos determinen su actividad.

Algunos temen el peligro de una desviación. Quieren remover... dirigir... vigilar. Los jóvenes han respondido marchándose de nuestras organizaciones y dejando a los viejos perorar ante unas sillas vacías. ¿No es preferible que estén con nosotros, inclusive si se pierde una parte de ellos?

—¿Qué valor atribuyes a la acción de Sebastián Faure en el desarrollo del anarquismo en Francia?

—Es considerable. Desde 1894 (proceso de los treinta) hasta 1939, Sebastián Faure es el anarquista más destacado del movimiento. Sus conferencias, folletos, y artículos de periódicos son inimitables. La «Enciclopedia Anarquista» es una obra única. Resulta inferior como teorizante por el motivo de que los puntos de vista teóricos estaban ya fijados cuando él llegó al movimiento, y lo que hacia falta era difundirlos.

El representa el puente indispensable entre los grandes teóricos y nosotros.

Como es normal al respecto de quien, como Faure, ha producido una obra tan vasta, se puede no estar de acuerdo con él sobre algunos aspectos, mas, negar el valor de la obra es propio de ignorantes. No obstante, algo de ello se ha intentado hacer desde diez años a esta parte.

a) Por aquellos que conocieron a Sebastián Faure en visperas de la guerra. Su actividad acostumbrada — que entonces aún era grande — había disminuido.

b) Por los desviacionistas de que antes he hablado. Para prosperar en sus designios, les hacia falta «cortar las viejas barbas» (particularmente de Kropotkin) y hacer saltar el puente entre esas viejas barbas y nosotros. De ahí que hayan ensayado arrojar el descrédito sobre la obra de Sebastián Faure (y de Pierre Besnard).

—¿Estimas que la acción anarquista en general está llamada a evolucionar y a experimentar modificaciones a tono con la época en que se vive?

—Ciertamente. Es en esta posibilidad de evolución que reside la fuerza del anarquismo. El anarquismo evoluciona como la vida, porque es una doctrina viva. Y, en el terreno de su evolución, la acción anarquista se disolverá en la acción general, en un mundo que habrá llegado a ser anarquista.

FONTAURA

mecanismo de las combinaciones físicas-químicas: crea sus mundos de ideas, de sentimientos y pasiones. No se conformó permanecer mudo, tan mudamente como procedió la Naturaleza para «engendrarlo». «Creó» el lenguaje escrito y hablado, realizó conquistas técnicas, artísticas y científicas, y en su mano está hoy el poder desintegrar fuerzas, desequilibrar sistemas de movimientos, lograr efectos contrarios a los originados por la mecánica universal aprovechándolos para los fines determinados por su voluntad. Para su bien o para su mal.

No pasamos por alto el papel que el determinismo biológico—o más exactamente: la herencia biológica—desempeña en la formación de la misma personalidad humana, como no rechazamos el terreno ni la semilla que ha de ofrecernos los frutos que nutrirán nuestros cuerpos. Mejores materiales formen nuestra naturaleza más posibilidades tendremos para mejorarla. Tampoco negamos el valor de la Ciencia en el progreso del individuo y de las sociedades humanas. Al contrario: es obra de la voluntad del Hombre y la defendemos con la razón y, en particular, con nuestros sentimientos de sociabilidad. Nos importa un comino que de éstos se rían algunos—por suerte muy pocos—filosofastros. Aunque es lamentable como lamentamos que la «Ciencia atómica» no trabaje enteramente en beneficio de toda la Humanidad. Los sentimientos de libertad y de sociabilidad y las mil y una intuiciones del Hombre, que lo llevaron a tantos nuevos descubrimientos e inventos no son cosas risibles, vergonzosas, ilusorias y sin valor. Ver en el presente qué pocos son los seres humanos que comprenden todo el problema de la desintegración del átomo, cómo puede utilizarse su energía ni cómo se fabrica una bomba «ordinaria», la de hidrógeno, la de cobalto, ni las demás mortíferas armas letales que están construyéndose en «secretos». Pero los sentimientos humanos rechazan horrorizados el uso de la energía nuclear para destruir y exterminar. Y son ellos, sí, ¡sólo ellos! los sentimientos de sociabilidad y de solidaridad humana los que podrán salvarnos de la ¡gran catástrofe atómica! ¡Ay de nosotros si no despertamos a tiempo! La guerra nos barrería a todos.

Por mucho que los científicos atómicos y de otras ciencias nos superen con su «alto» saber puro y frío, es decir: sin calor humanitario, no nos achicamos y defendemos, porque queremos, voluntaria y decididamente, después de deliberar—aunque disguste a los deterministas que al fin y al cabo hacen lo mismo—, nuestra independencia, en el pensar y pensamos y obramos por propia voluntad. Así, pues, ni nos asustan ni nos importan ya los gritos de los deterministas religiosos, de los políticos, pertenecientes a otras religiones de Estado, ni los de los «materialistas» que no nos comprenden ni hacen por comprender nuestra posición revolucionaria. Deseamos a los primeros que dicen que todo será y se hará como Dios quiera; a los segundos que proclaman que el Estado es el que decide sobre vidas y haciendas exigiendo la supeditación del Hombre a sus leyes, y a los terceros que proclaman que la voluntad es un mito, que no existe y que, por lo tanto, nada puede hacer para bien ni para mal. A éstos últimos la Ciencia los cegó en vez de iluminarlos. Faltos de clara visión pretenden haber escalado las más altas cimas científicas descubiertas hasta hoy, desde las que creen distinguirlo todo, y no alcanzan a ver lo más visible por cercano y de proporciones inmensas: que están en presencia del predominio de las volun-

tades autoritarias que arrastran a las guerras a centenares de millones de seres humanos carentes de voluntad para negarse a obedecer. ¿Qué les dicen a éstos las leyes biológicas? Concentren en esta pregunta su atención los deterministas sin «andarse por las ramas» ni por caminos científicos modernos, que mal conocen como nosotros. Pues bien: a esos seres humanos sin voluntad—¡el ideal de los deterministas!—las voces de sus naturalezas les exponen quedamente, angustiosa y desesperadamente, con el desespero silencioso del cobarde, del impotente, del medroso, del vencido sin luchar, que debieran resistirse a marchar hacia los mataderos internacionales, rebelarse contra la guerra. Pero no lo hacen. ¡Están faltos de voluntad! Y es que no bastan los conocimientos científicos para oponerse a las injusticias. En la mayoría de los casos apenas ayudan a comprender. Valdría más razonar menos sobre la vida y preferir sentir que se vive, que es preciso ser sociables y defender nuestra existencia y la de los demás en bien de la especie humana. Evitemos caer en la cursilería científica. Pensar y sentir bien es algo; pero es bastante más, muchísimo más obrar bien con entereza, con voluntad de proseguir defendiendo el Bien para el mayor número de nuestros semejantes aunque se lleve menos bagaje intelectual.

Indudablemente, el falta de voluntad está a merced de sus debilidades y de todas las tempestades producidas por el «Inhumanismo» de los autoritarios, como hoja al viento sin impulso propio. Afirmar que la Sociedad—o el individuo—evolucionará gracias, simplemente, al «mecanismo determinista de la herencia y el contorno», que éste, solamente éste nos inclinará, sin deliberación, al mal o al bien es ser francamente fatalistas, negarse como seres activos dispuestos a superarse y capaces de modificar el mismo medio en el que nos desarrollamos; es, en fin, negación de vidas síquica y biológica, uniformidad, muerte. La actitud «determinista» no nos dejaría determinar nada. Si usáramos el lenguaje de los «deterministas» con el campesino y el obrero industrial, con todos los trabajadores del músculo y del cerebro, con todos los que sufren la Tiranía, ésta se regocijaría. ¡Bien tranquila quedaría! Ninguna oposición haría a nuestra propaganda. Favoreceríamos la prolongación de su monstruosa existencia. Adoptaríamos una posición contrarrevolucionaria en grado superlativo. Dejemos a los «deterministas» esta triste y perjudicial misión. Pero no sin que encuentren nuestra oposición resuelta. Si nos cruzáramos de brazos aceptando la renuncia a luchar ayudaríamos a anular las fuerzas «creadoras», no habría evolución. Conocimientos cada día más amplios y profundos y voluntad de hacer son los grandes aliados para lograr las más altas realizaciones científicas y sociales. Lo contrario es anquilosarse, es morir y colaborar a hacer morir.

Hablamos de la voluntad sin basarnos en el espiritualismo, en lo religioso, en lo sobrenatural—¿Qué es esto?—Nada tiene, pues, de cordial que algunos deterministas traten de religiosos a los que rechazamos todo lo que tiene carácter dogmático. Tratamos de explicarnos la evolución y perfección del género humano desde que el primero de sus componentes comenzó a tener conciencia de sí mismo, de su valer y valor de decisión—esto es voluntad—para mejorar el legado biológico. No hay nada de misterioso en la voluntad ni es algo inmaterial separado de nuestro ser físico que lo hace actuar a capricho. La voluntad es la cualidad superior del ser humano, es la

expresión viva, material del carácter, es el sello de la individualidad, de la personalidad. Voluntad es fuerza moral, dominio de sí mismo; es, en fin: tener carácter. Voluntad y carácter son inseparables. Sin la primera y el segundo los mismos «deterministas» serían unos perfectos desconocidos, nada sabríamos de su existencia. Para combatir nuestras ideas tienen que esforzarse por adquirir más y más conocimientos y ejercer un gran esfuerzo de voluntad, digno de mejor causa. «¿Cómo vemos en funciones a la voluntad?», nos preguntan ciertos deterministas con más malicia que afán de saber. Viendo—contestamos—la disposición del individuo a realizar algo por difícil e imposible que parezca, su empeño inquebrantable y persistente para alcanzar un fin, su resolución a seguir adelante, sin temer a nada ni a nadie, aunque esté en juego la propia vida, por considerar que la causa que defiende o la obra que quiere llevar a cabo es superior por su contenido ético y universal.

Ni la fisiología, ni la psicología, ni la moderna genética, ni la biología, ampliando el concepto, pueden negar la existencia de la voluntad, porque tendrían que negar, asimismo, miles de fenómenos físicos y acciones de la vida cotidiana de los hombres que no tienen todavía una clara y rigurosa explicación científica. ¿Llega la sabiduría o la «audacia» de los deterministas a poder ofrecernos, en este instante, las explicaciones que la ciencia moderna no ha dado todavía? ¡Ojalá pudieran! Al expresarse, por ejemplo, a viva voz, una idea, un pensamiento o un sentimiento nadie puede verlos con los órganos de la visión; no podemos contemplarlos ni tocarlos. Son, al parecer, «inmateriales»; pero ni el más materialista de los «deterministas a secas» puede negar la existencia de lo pensado, sentido y manifestado con la palabra que nos atrae o repele. Los ven los ojos del entendimiento; los rechaza o admite la voluntad humana que, a su vez, sólo es visible a través de la conducta, de la determinación del individuo a hacer—expresión «material» de su voluntad—lo sentido y pensado con la mayor perfección. Y existe, pues, la voluntad como existen en el cerebro del ser humano partes que no funcionan a voluntad nuestra, que nos son desconocidas. ¡Ignorancia de ignorancias la que sufrimos!

Sin voluntad de terminar con la guerra y con las causas que la provocan, forzando las etapas del progreso, el individuo, pese a ser «íntegramente el producto de los genes materiales base que le dieron origen», está condenado a desaparecer con el medio social en el que efectúa su desarrollo. A esto no nos resignamos. He aquí por qué

nos situamos, frente a todos los determinismos oscuros o «luminosos» que niegan libertad de acción al Hombre manifestando que está «subordinado» a credos contra los que no puede ni ha de rebelarse o a «incomovibles» leyes naturales que todo lo tienen ya resuelto. Proclamamos bien alto que lo que importa reconocer es nuestro poder de decisión para ser determinantes en el medio social y en todas las manifestaciones de la vida de los pueblos. Al respecto el acuerdo con los deterministas lo consideramos posible. Mas si continúan combatiendo la formación de voluntades anárquicas, rechazando que tengamos voluntad de obrar, de actuar, de luchar por el ideal anárquico hemos de apartarlos de nuestro lado. Será un deber revolucionario declararnos incompatibles con los deterministas, aunque se denominen afines. Toleremos que expresen sus ideas, hijas de su voluntad de decir lo contrario de lo que pensamos y sentimos nosotros, pero en sus propios órganos de expresión. «Crean» sus propios tribunales periodísticos, porque la más elemental ética indica que de acuerdo con su pensar y sentir es inmoral aprovecharse de las columnas que rechazan y contra las que atentan. Además, según los deterministas «no existen» las obras de los hombres con voluntad anárquica y, por consiguiente, no han de admitirlas, tienen que darlas por no existentes.

¡Voluntad de lucha! ¡Poder de decisión! Esto es lo que conviene reconocer sin entretenerse en tontas y absurdas polémicas que sólo podrán decidir qué tipo humano es más erudito, cuál ha almacenado en su memoria más palabras, teorías... y vanidades. A los que no lo entiendan así dejémoslos solos cantando a la Luna en el desierto de la Indiferencia. No dejemos que nos resten tiempo que necesitamos para exponer las causas del «Dolor Universal» y propagar más y más que podemos acabar con él mediante la contribución de todos los individuos con voluntad de llevar a feliz término esa misión social y humana.

¡Basta de tildar de religiosos a los militantes libertarios que, con enorme y creciente voluntad, luchan y caen en defensa de la Libertad! Somos revolucionarios y proclamamos que de la voluntad del Hombre depende acabar con la injusticia social, determinar la constitución de una sociedad libertaria sin la explotación y la dominación del hombre por el hombre. ¡Nada de esperar que la Felicidad venga por sí sola! Jamás la gozaremos. La Libertad y el Bienestar para todos hemos de conquistarnos.

Floreál Ocaña

Cuernavaca, Morelos, septiembre de 1957.



NUESTRA REVOLUCION



LA REVOLUCION Y LA IGLESIA son extremos. Con el debido respeto a aquellos creyentes que a la fuerza quieren un lugar de verano permanente en su cielo, es preciso ver a esta organización como uno de los puntales más firmes de la organización capitalista. Hasta comienzos de la Edad Media, podríamos admitir su presencia como resultado de una vocación de sacrificio, de exclusión espiritual, de privaciones al contacto con la ardiente vida ciudadana que bulle y se contornea en la alegría y el dolor de mujeres y hombres. Hasta allí, el culto se ejercía a la luz, sin templos, con paredes y puertas a prueba de ladrones.

Una inteligente política llevada a cabo por los sacristanes, les asoció a príncipes y reyes victoriosos. Aliados de hecho, se les construyeron esas pesadas moles de piedras que en forma de catedrales están sembradas en Europa. Envalentonada la Iglesia con el apoyo de amo tan poderoso, a medida que el poder de la vida monástica influía sobre el espíritu de la población, encargóse de acaparar todos los escritores de la ciencia antigua para ocultarlos al ojo profano.

La Iglesia sabía que cuando el individuo sometido, con la espalda acardenalada por el chicote del verdugo, abriera los ojos a la luz de la inteligencia, la influencia eclesiástica disminuiría gradualmente. De tal modo, sustrayendo todos los motivos y objetos que podrían revolucionar al hombre, establecieron un régimen de negredumbres clerical, con Estado eclesiásticomilitar, cerraron con hierro y fuego la razón y el espíritu del desgraciado, establecieron tribunales inquisitoriales donde destrozaron a los herejes, descreídos, iconoclastas. Con dinero robado al pueblo, compraron enormes propiedades en todos los lugares del mundo occidental y cerraron las puertas de iglesias, catedrales y monasterios a la imbecilidad de la chusma miserable que compone la canalla humana.

Desde entonces la Iglesia se ha convertido en un negocio, exactamente igual a un comercio de embutidos o una ferreteria. Como primera medida, la Iglesia es accionista efectiva de las más importantes empresas capitalistas. Conserca sus ritos y ejerce hábitos seculares sólo en presencia de la masa, de la morralla a la que odia y de la que abjura. Su condición de afortunados, de clase dirigente, no les permite descender al plano en que se contornean los gérmenes sociales que denominamos humanidad. Los ritos, desde entonces, se ejercerán a puertas cerradas, con lujo, luz y fausto impo- nentes. El advenimiento de vida o el accidente de muerte no constituyen fuentes de ingresos adecuados a las necesidades económicas de la curia. Es preciso actuar en materia financiera y ejercer poder moral sobre los regímenes civiles para desenvolver la acción comercial.

Así llegó a los tiempos actuales, adulando al príncipe vanidoso; bendiciendo al pedante ahora rey; metiendo cizaña en los asuntos internos de cada organización política. Divide y vencerás fué su divisa. Incrustóse en la vida ciudadana como garrapata, como sanguijuela, sin interesarle el dolor más que como comercio. La Iglesia es una empresa fúnebre, en principios y procedimientos. Amén de exprimir a los pueblos y tratar de mantenerlos en la ignorancia en que los mantuvo en la Edad Media, cierra operaciones con cualquier asaltante de poder de cualquier república tropical o glacial; vende indulgencias e imprecaciones a favor del sátrapa o de la hetaira que mejor pague; bendice regímenes nazifascistas y pronto lo hará al comunista. Ofició misas por la gloria de los dos grandes verdugos del mundo y luego por su eternidad. Bendijo las armas nazifascistas para que mejor abrasaran en fuego y sangre a herejes, judíos y revolucionarios. Luego, porque el poderoso llevaba las de ganar en la última guerra, cantó letanias y misericordias a las armas mecanizadas y la bomba atómica lanzada sobre los pobres japoneses. Ahora, en turno, en este medio punto del ballet ruso-yanqui, tiene el lugar preferente en la masa falangista en tanto que veintiocho millones de españoles lloran sus desgracias en las prisiones de esa inmensa cárcel que es la península ibérica.

Con este antecedente histórico, tomado en el tiempo que la imaginación puede recorrer en un minuto, solamente aquellos cerebros obstinadamente cerrados a la lógica, a la razón y a la verdad pueden distinguir condiciones espirituales al eclesiástico superiores a las de un maestro, empleado u obreros conscientes medianamente cultos. Su función es egoísta en extremo. Su dios es criminal, mentiroso, sádico. Es cruel como carnicero. No perdona. Provoca el mal para solazarse en las contorsiones del dolor. Incita al pecado para darse el lujo de atormentar, con los peores horrores, a las víctimas. Es impotente y cobarde; es inmoral y procaz, porque si alguna de las buenas condiciones pudiera atribuirsele, se arruinaría el negocio pontificio.

Como vemos, también las sagradas instituciones están contaminadas por el lucro, el robo, la dilapidación en esta huida del mundo en que el ser desequilibrado se conduce como vulgar criminal. Comete el crimen y oculta lo robado. Quiere huir, sin darse cuenta que la calle, las paredes, las puertas y ventanas tienen los ojos invisibles que observan el más mínimo de nuestros movimientos. Que allí está el dedo acusador, denunciándoles y que a dónde no llegó el impulso del corazón llega la conciencia.

La religión es un problema de conciencia, ajeno al manoseo material. La Iglesia, como centro comercial de la secta, representa un edificio como todos, con figura arquitectónica distinta. Si dentro de cada iglesia estableciéramos puestos de venta de verduras, al verdadero religioso nada le importaría, porque si su fe es auténtica y tiene que responder a

ella, le basta la conciencia para orar. La iglesia es el centro de operaciones, la gerencia, donde tiene instaladas oficinas la religión católica, sociedad anónima.

La revolución no ha pronunciado la última palabra. El miedo al futuro, a la libertad, a la justicia, a la hermandad entre los hombres, pone en ascuas a la mojigatería humana. Y como resulta más fácil negar que analizar, por ese vicio inveterado de no querer someterse a la disciplina del estudio, así es que condena, aplica sanciones, reparte indulgencias, comulga con las más voluminosas ruedas de molino, traga las mentiras más absurdas, fantasea con los cálculos más descabellados. La humanidad es esa y está compuesta por el curita ladrón, el barrendero, el burgués, el militar, el juez, el recaudador de impuestos y hasta el repelente soplón.

La revolución tiene que redimir esa complejidad de defectos, de vicios, de contrastes donde hasta la triste figura humana está al revés. Y es preciso acumular mucha dosis de voluntad, poner en actividad todas nuestras células para hallar la solución a cada uno de estos problemas. No podemos comer los curas ni a los burgueses o militares porque tengan profesiones corruptoras. No podemos exterminarlos a todos porque así no nos distinguiríamos del nazicomunismo y asistiría a esa gama de ejemplares el derecho de defenderse en la forma que lo hacen. El asunto no es tan fácil como ligeramente se presenta. Lo hemos dicho y sostenemos que no es como cuestión de matar. Matar no tiene objeto. Un hombre es un enemigo que no fué convencido.

Nosotros no tenemos miedo al más valiente que se presente combatiéndonos cara a cara en la plaza pública, con razones a punta de labio. Le otorgamos la preferencia de escucharle por muy absurdos que sean sus argumentos, pero a condición de que escuche nuestras razones. Que venga el comerciante, el militar, el juez, el bandido y les arrostraremos su inconducta, su falta de responsabilidad como elementos civilizados, su inmoralidad, de comprar a un precio para vender a otro mayor; de educarse para matar y de esa educación hacer una posición de clase; de juzgar la conducta de un hombre que, aunque culpable, puede ser padre o hijo

de buena familia, acreedor a toda la estimación como tal, pero que, el juez, cargado de prejuicios sociales, políticos y religiosos tiene que ejercer la denigrante misión de juzgarle; del ladrón que, es un cobarde, porque ejerce el pillaje como la forma más cómoda de hacerse rico de inmediato, instaurando un pequeño equilibrio de comunismo dentro del sistema capitalista.

Nosotros no rehuimos el combate. Son ellos, los cobardes, ladrones y asesinos todos. Nosotros provocamos el diálogo, la polémica, la discusión pública. Ellos, los muy bandidos nos contestan por medio de la policía. Ellos son los intocables, las seráficas dignidades de la humildad y caridad cristianas, desde boxeadores hasta las clases más campanudas de la sociedad. Por ello, cuando abrimos la boca se nos la tapa. Se nos priva de los más mínimos derechos. Y esto encierra una oculta verdad: no debe estar tan seguro un régimen que tiene que recurrir a todos sus expedientes más represivos para acallar la voz del pensamiento. Muy débil debe sentirse cuando, con armas, escribas, clérigos, policías, y la bajeza lacayuna de los sirvientes del Estado, tiemblan cuando abrimos la boca para pronunciar nuestra palabra. Prueba que los que llevamos la iniciativa somos nosotros. Nosotros los que dirigimos la situación y que ponemos a gusto bilis en su hiel.

Nosotros, la revolución, somos los que mandamos. Su fuerza no es tan abrumadora. Son muchos para enfrentarse a nosotros, pero no tienen moral. Pueden arrollarnos como alud porque son esclavos. Pero cada uno de nosotros vale por cien porque nosotros llevamos la fe, la confianza, la verdad, la buena nueva en el cerebro y en el corazón. La palabra del galileo, del bautista, de los mártires en hogueras, en tormentos y ergástulos, resuena en sus oídos y no les deja dormir. Ya casi es canción permanente. Mañana será himno y sus estrofas herirán como filoso cuchillo el alma de los odiosos, presuntuosos y cobardes enemigos.

No es amenaza. El día de la justicia se acerca. Es preciso que, como los apóstoles, cada hombre vaya poniendo a disposición de la causa su vida y sus bienes de fortuna.

CAMPIO CARPIO



Han quedado compuestos, y serán publicados en el próximo número de «CENIT», un magnífico estudio de Balkansky titulado «LA REFORMA EN LA DIRECCION ECONOMICA DE LA U.R.S.S. A LA LUZ DE LAS DISCUSIONES ENTRE MOSCU Y BELGRADO», y la serie de las impresiones y recuerdos de Eugen Relgis: «DIEZ CAPITALES: BERLIN, EN OTROS TIEMPOS».

El exceso de original nos ha impedido asimismo publicar la habitual sección de «MICROCULTURA» que con tanto placer saborean nuestros lectores.

EL INFORME KRUTCHEV

EL GENIO MILITAR DE STALIN



A declaración de guerra, septiembre de 1939, a Alemania de las democracias, fué indiscutiblemente una sorpresa para Stalin. Es más que evidente el error de éste que, convencido por la política del avestruz seguida por dichos países, pudo creer que la invasión de Polonia no reportaría mayores consecuencias. De todas formas, su reacción fué rápida, intentando sacar de ello el mayor provecho posible.

«El pacto nazi-soviético, afirmaba la «Pravda» del 23 de agosto de 1940, ha garantizado a Alemania la seguridad en el Este». Monumental verdad por cierto, a la que faltaba añadir, el desconcierto y la confusión en el Oeste. Y particularmente los miles de toneladas de productos alimenticios y estratégicos que Rusia había suministrado a su flamante aliado. Miles de las bombas que debían explotar sobre Londres, o no importa qué otros puntos del territorio aliado, habían sido construídos con material soviético. Con chatarra de la patria del «proletariado», facilitada a los nazis para servir a su labor destructora del pueblo.

Fueron aquellos días de euforia y de triunfo. La propaganda stalinista que con tanto furor, años antes, había clamado contra el nazismo, cesó por completo su campaña. El enemigo presente eran las democracias. El peligro había sido descartado gracias a la sagaz perspicacia del «padrecito de los pueblos». En abril de 1941, después de la firma del pacto ruso-japonés, Stalin, rompiendo con sus costumbres, acompaña a Matsueka, ministro de Asuntos Exteriores del Japón, a la estación de Moscú, abrazándolo públicamente, en señal de afectuosa despedida. La emotiva fotografía fué publicada en la primera página de todos los periódicos rusos. Stalin hacía honor a su verdadera idiosincrasia, regocijándose de poder hallarse en su propio ambiente y entre elementos afines.

Dos meses más tarde, junio de 1941, las tropas nazis invaden «la patria del proletariado», sin previa declaración de guerra. La total incapacidad de la armada rusa quedó patentizada una vez más, ante el rápido avance de la hitleriana. Cinco meses después del primer ataque, la cruz gamada ondeaba en Himbi, barriada de Moscú, a pocos kilómetros del Kremlin. Los centros industriales, agrícolas y de comunicación férrea del país quedaban en poder de los alemanes. Con ellos caía un área de población evaluada

en el 40 por ciento del total del país de los soviets, in soviets.

La crítica de Krutchev a los méritos guerreros de Stalin empieza a partir de la patente derrota. «Stalin, dice, pensaba que era el fin. En uno de sus discursos de la época, declaraba: «todo lo que Lenin había creado, nosotros lo hemos perdido para siempre». La desmoralización fué tal que Stalin abandonó totalmente la dirección de las operaciones. Y cuando finalmente se decidió a hacerlo fué «después de haber recibido la visita de ciertos miembros del «buró político», que le dijeron que era necesario tomar ciertas medidas inmediatamente a fin de mejorar la situación en el frente».

La acusación de Krutchev, cuanto a la responsabilidad de la catástrofe es concluyente: «el peligro amenazante suspendido sobre nuestra patria en el primer periodo de la guerra era debido largamente a los errores de Stalin y a los métodos por los cuales el dirigía la nación y el partido. El mito del genio militar del salvador de la patria, del que con tanta delectación se habían ufano todos sus acólitos y al que tantas mágicas virtudes le habían sido atribuídas, se desmoronaba ante el soplo imperioso de las pasiones de su heredero.

La pérdida de la moral de las esferas dirigentes era un simple reflejo de la sustentada por el propio dictador. Esto de una parte, y la animosidad de los colaboradores del mismo ante lo arbitrario de sus medidas fueron una ayuda eficaz para Hitler. Fué precisamente entre ellos que los alemanes hallaron sus más preciosos colaboradores en los territorios ocupados. Las doctrinas materialistas de Marx sufrían por esta causa la más patente contradicción. Y es lógico que así sea. En un país en que la capacidad de raciocinio es una cualidad que sólo puede conducir frente al piquete de ejecución, es lógico que los instintos anímicos del hombre se desarrollen en un alto grado de eficacia.

En este sentido la voluntad del hombre atrofiada, no puede hallar un aliado en el enemigo de su propio enemigo, sin detenerse a discernir las causas motrices de una y otra. Puede igualmente que en este sentido, y en no pocos de aquellos elementos, haya obrado la consideración de salvaguardar los privilegios sustentados haciéndose útiles a los nuevos amos de la situación. De todas formas, lo que es evidente es que el cambio de opresor fué recibido con júbilo, y hasta con alborozo, en principio. Regiones enteras y millones de habitantes serían, más tarde, a la

liberación, deportados por esta causa a Siberia. La traición al Estado proletario así lo justificaba.

Fué aquel momento crítico y penoso para Stalin, abandonado del pueblo, sin colaboradores, sin moral y sin poder esperar ayuda de las democracias a quienes había terminado de traicionar. La retirada rusa es una de las más penosas estampas de aquellos días. Nada podía detener el empuje alemán. Victorioso en Europa, casi íntegramente caída en su poder, vencedor en África, la ocupación de Rusia era sólo una cuestión de días.

El momento para Stalin no podía ser más penoso. La desorganización de todos los servicios era tan evidente y completa que ella significaba ya de por sí el más claro signo de la derrota. A ello añadido, la total incompetencia del jefe supremo en la dirección de las operaciones militares.

A este respecto, y aquí asoma ya la úlcera de Krutchev o la vanidosa pretensión de erigirse en un verdadero estratega, se dice: «Cuando la situación advino excepcionalmente grave para nuestra armada en 1942, en la región de Karkov habíamos decidido a justo título de detener una operación cuyo objetivo a la época podía haber tenido para la armada fatales consecuencias si ella se hubiera llevado a efecto. Nosotros informamos a Stalin, indicando que la situación reclamaba que fueran cambiados los planes de operaciones para impedir al enemigo de destruir una importante concentración de nuestras tropas».

«Contrariamente al sentido común, Stalin rechazó la sugestión y dió orden de proseguir la operación...» Todos los intentos de Krutchev, tendentes a ponerse en contacto con él fueron vanos. La orden era terminante y las fracasadas tentativas de conectar Stalin telefónicamente tropezaron con la negativa del jefe a oírlo personalmente, haciéndose transmitir la conversación con éste por medio de su secretario Malenkov.

«¿Y cuál fué el resultado de todo esto?, se pregunta Krutchev. Lo peor de lo que podía esperarse. Los alemanes cercaron nuestras concentraciones de tropas y perdimos en consecuencia, centenares de millares de soldados. Tal es el genio militar de Stalin. He ahí lo que nos costó». Claro que ese genio, si se puede admitir la afirmación, más que dudosa del crítico, de que «Stalin preparaba sus planes utilizando un mapamundi», es raro que no hubiera conducido aun más rápidamente el país a la catástrofe.

Sea lo que fuere, lo más evidente es que esta parte del informe es la que con más precisión nos documenta sobre los motivos que han podido inducir a Krutchev en su ataque. El miedo de una parte y la vanidad zaherida deben haber sido un permanente resquemor que ha envenenado la vida del discípulo. Esta parte que hubiera debido ser la más documentada es, sin embargo, la más pobre a causa de haber sido dictada por la envidia, el rencor y el evidente deseo de enaltecer los propios méritos militares en detrimento del impugnado.

La vanidad de Krutchev es equiparable a la de Stalin. El hijo es un fiel engendro de su progenitor espiritual. Pero esto parece no haber sido observado por él. El conocido proverbio de la viga encuentra aquí amplia corroboración.

Lo curioso es que la vanidad de Stalin lo hace indignarse en términos más que elocuentes. Pasando revista sobre el particular a los films cinematográficos y a las obras literarias donde la genialidad militar del «mariscalísimo» fué ampliamente incensada, su diatriba no puede ser más lapidaria.

«C'est écœurant», dice. No se trata de propagar más que el tema según el cual Stalin era un genio militar. Recordemos el film «La caída de Berlín». Aquí es Stalin solo quien obra; él transmite sus órdenes dentro de una sala en la que se pueden observar varias sillas inocuadas». Esto da la impresión de que Stalin trabaja, decide, obra y ejecuta solo de lo más simple y lo más complejo.

¿Dónde están los jefes militares, el «buró político» y el gobierno? ¿Qué hacen y de qué se ocupan? Nada se dice en el film. Stalin obra por todo el mundo; él no cuenta con nadie, ni a nadie pide parecer. Es sobre este falso decorado que todo es presentado a la nación. ¿Por qué? A fin de poder aureolar a Stalin de gloria, contrariamente a los hechos y a la verdad histórica.

«No podemos dejar de interrogarnos: ¿dónde se encuentran los militares que soportan el peso de la guerra sobre sus espaldas? Ellos se hallan ausentes del film. Stalin presente, no restaba sitio para nadie».

«No es Stalin, rectifica Krutchev, sino el partido entero, el gobierno soviético, nuestra heroica armada, sus jefes «talentueux» y sus bravos soldados, la nación soviética por entero, que han obtenido la victoria en la gran guerra patriótica». La elocuencia del homenaje de Krutchev a todas las fuerzas del país le da un cierto aire de espontaneidad y sinceridad. Pero ello, como todo el informe, es falso y teatral. En el informe de Krutchev no abundan más que los golpes de teatro. Su autor se acredita como el mejor actor, no sólo de la actualidad bolchevique, sino puede que superior a todos sus predecesores.

No se puede englobar en el elogio y ponderación de méritos las fuerzas vivas, con las anquilosadas de un país, Y mucho menos darle a éstas, la plaza de honor que se les concede caprichosamente. Ni el partido, ni el gobierno, ni los jefes militares rusos fueron artífices más que de la desorganización del país y de sus propios estamentos.

No deja de ser sintomático que Krutchev, tan encarnizado defensor de «la verdad histórica», pase en el espacio de una página a falsificar ésta en los términos que lo hace. En la victoria soviética son varias las causas a considerar. En primer lugar habrá de tenerse en cuenta la inesperada ayuda aliada. Fué ella precisamente la que estimuló la consolidación de la maquinaria estatal totalmente resquebrajada. Los desertores burócratas recobran una parte del perdido optimismo. La confianza volvió a renacer por esta causa y más que nada con motivo de la intervención de la América del Norte. Estas dos causas operadas simultáneamente fueron la más poderosa revitalización de las energías rusas.

De otra parte, la acertada información de Ricardo Sorge, nieto del secretario de Carlos Marx, y espía soviético en el Japón, acerca de las verdaderas intenciones de los jefes militares nipones. Siendo el Pacífico la zona de interés japonesa, las fuerzas rusas, concentradas en la Manchuria, en previsión del ataque japonés, son retiradas y desplazadas de urgencia al frente occidental.

De todas formas lo más positivo fué el envío de material norteamericano que llegó a oleadas. Y, particularmente, digámoslo de paso, como finalmente reconoce el propio Krutchev: «Las acciones magníficas y heroicas de centenas de millones de personas del Este y Oeste durante la lucha contra la amenaza de sumisión al yugo fascista»... Omitiendo, cosa que silencia Krutchev, los partidos bolcheviques de Occidente que, por orden de Moscú, fueron los más leales colaboradores del fascismo, autores de la confusión de la

Manuales e intelectuales

La unión de los trabajadores hará la paz del mundo

I



ARECE que un abismo se hunde de más en más, desde hace algún tiempo, entre los trabajadores manuales y los trabajadores intelectuales: existe ahí un malentendido nefasto para el progreso de nuestras ideas. Tiempo es ya de poner las cosas en «un punto y de no dejar empeorar una situación perjudicial bajo todos los puntos de vista para estas dos categorías de trabajadores.

Si quieren, pueden terminar con un estado de cosas que sus amos quisieran ver eternizarse.

primera época de la guerra. Como el propio partido y todos dirigentes sin excepción del país de los soviets. Entre ellos Krutchev que aunque no fuera una de las figuras próximas al Kremlin, era ya uno de los dirigentes de Ucrania.

Nadie en el interior de Rusia dudaba de que el idilio nazi-bolchevique pudiera dejar de eternizarse. Stalin estaba íntimamente convencido, hasta el extremo de que los diplomatas rusos en el extranjero tenían informar al Kremlin sobre la gravedad de la situación. Aunque de todas maneras ello puede que nada hubiera variado. Algunos diplomatas rusos se decidieron a hablar, e incluso hubo un desertor que informó a los rusos del ataque alemán, sin que sus palabras merecieran mayor crédito.

La situación bolchevique, propiciada por sus dirigentes era de tal forma catastrófica que como el propio Krutchev reconoce no tenían armas para el Ejército. Desde Kiev dice Krutchev, telefónicamente me dirigí al «camarada Malenkov diciéndole: «Tenemos en la nueva armada voluntarios que piden armas. Enviennos». Malenkov me respondió, «No podemos enviarle armas. Enviamos todos nuestros fusiles a Leningrado y es menester que se armen ustedes mismos...»

La diatriba de Krutchev es verdaderamente virulenta en esta parte. Tanto que llega, incluso, a acusar a Stalin de anormal. «Mismo después del principio de la guerra, la nerviosidad y la histeria manifestadas por Stalin...», (cetera. Esto que en apariencia parece no tener gran importancia, la tiene en extremo cuando un elemento de esta índole, un **hístico**, dirige no sólo los destinos de un país, sino que ha podido dirigir los de millones de individuos en los más diversos países, los cuales a su vez han influido decisivamente, en algunos casos, la dirección política y la opinión pública de los mismos.

Lo que Krutchev omite una vez más es de hablar claramente sobre la responsabilidad de todos los dirigentes bolcheviques en esta cuestión. El endiosamiento de Stalin no es un factor personal de propia creación, sino que lo es

Hace unos cincuenta y cinco años, era este asunto que estaba en el orden del día de los medios de vanguardia. Proletarios de uno o de otro campo se mezclaban, cambiaban sus ideas en las reuniones. Estuvo de moda en cierto momento, para los hijos de la burguesía, el proclamarse «gente del pueblo». «Ir hacia el pueblo» era un gesto revolucionario por su parte que desagradaba a sus familias. Se vió, en algunos asuntos, como por ejemplo el de Dreyfus, a manuales e intelectuales, librar batalla al militarismo, codo a codo. Era de creer que tal situación iba a durar. Pero no ocurrió así. Los manuales cansaron, a la larga con sus pretensiones, a muchos intelectuales que habían sinceramente abrazado su causa. Por otra parte, la mayoría de

de toda la burocracia bolchevique, que a fin de cuentas fue su progenitora.

En el aspecto de considerar Stalin como un verdadero genio militar en vez de la enferma nulidad que Krutchev nos presenta, permítasenos incluir una sarta de perlas para terminar:

«Stalin es el fundador de las fuerzas armadas soviéticas, el gran capitán de nuestra época. Todas las operaciones de la gran guerra patriótica (idéntica expresión que la empleada por Krutchev) han sido decididas por el camarada Stalin y dirigidas bajo su dirección». «Stalin y las fuerzas armadas», obra de Bulganin, 1950.

«En la segunda guerra mundial, cuando las obscuras fuerzas del fascismo se aplanaron sobre el mundo, amenazando destruir la cultura de la humanidad, el camarada Stalin a la cabeza de la Unión Soviética, dirigió personalmente la obra de destruir las hordas hitlerianas, asegurando la victoria de los pueblos pacíficos y siendo el jefe reconocido en la áspera lucha liberadora de la humanidad del yugo del fascismo». «La Pravda», 21-12-49. Firmado: Malenkov.

«Stalin revisaba varias veces por día la forma en que estaban ejecutadas sus órdenes y visitaba personalmente los diversos frentes a este objeto. Antes de la operación de Smolensko, llegó al frente occidental para dar las órdenes más completas por la batalla». «La Pravda», 21-12-49. Firmado: Bulganin. Sin embargo, Krutchev sostiene que «durante toda la guerra patriótica, él (Stalin) no había jamás visitado ninguna parte del frente ni ninguna villa liberada, a excepción de una corta visita sobre la ruta de Mozhaiksk, durante un período de la estabilización del frente». Ante lo que cabe interrogarse: ¿Quién jugó con la credulidad humana? ¿Quién facultó el «culto de la personalidad»? ¿Stalin? ¡No! La chusma que hoy, precisamente, le censura, entre ellos el eximio secretario del partido bolchevique.

Francisco OLAYA

los intelectuales aun ligados al servicio de la burguesía, inspiraban, y no sin razón, cierta desconfianza los manuales. Bien se comprende que, en cierto momento, el proletariado de la fábrica y del taller, haya tenido que deshacerse de amistades fastidiosas para él, únicamente dictadas por el interés. ¡Había sido tantas veces engañado («roulé») por los «arrivistas» de izquierda y derecha! Lo halagaban los falsos amigos del pueblo, una mano en el corazón y en la boca el engaño. Sólo tenían una idea: abandonarlo lo más pronto posible a sus propios destinos. Iban hacia el pueblo, con la intención de abandonarlo en la primera ocasión para escaparse más que rápidos hacia los pasillos ministeriales, que acogían con rapidez a esos transfugas. El pueblo no quería oír hablar más de esos abogados, médicos, profesores y plumíferos que se creían en la obligación de vestirse con blusa, para dirigirle proclamas inflamadas, las mismas siempre, y que carecían del primer de los deberes: la sinceridad. La clase obrera expulsó a todos esos bellos parlanchines que de ella se habían servido para mejor realizar sus piruetas en los ruedos políticos. Los intelectuales—digamos mejor, los supuestos intelectuales—, fueron bien culpables. Y ocurrió que los que en verdad sufrieron los verdaderos intelectuales, al ser confundidos en el mismo ostracismo.

(Entre paréntesis, la clase obrera no ha tenido siempre necesidad de los intelectuales para ser traicionada: los suyos han realizado ampliamente tal tarea. Ha aprendido la clase obrera por sí misma, que había tantos traidores en sus filas como en todas partes. Además posee sus propios intelectuales, obreros mejor dotados que los otros, más hábiles para hablar y escribir y que, abandonan poco a poco los trabajos manuales, terminan por dedicarse exclusivamente a la propaganda. Y no puede pasarse de sus intelectuales, tomados o no en su seno, para redactar sus proclamas, sus periódicos y sus carteles. Y en los mítines que organiza, sólo toman la palabra sus hijos mejor dotados, poseyendo tanta elocuencia como los intelectuales que tienen la costumbre de escribir y hablar en público).

Los sindicatos de aquella época, reaccionaron vigorosamente contra la intromisión, en el proletariado, de los representantes de las profesiones llamadas liberales, que no siempre eran, ¡oh ironía! hijos de burgueses, sino también hijos de proletarios.

Ante mis ojos tengo ahora un pequeño folleto que data de 1912: «Los Intelectuales y los Sindicatos». Su autor era Georges Yvetot, que era entonces secretario de la organización sindical más poderosa del país». En aquel entonces muy tirantes estaban las relaciones entre manuales e intelectuales. Yvetot puso las manos en la masa, si así puedo expresarme, y empezó el ataque. Con una franqueza toda ella brutal, precisó a los intelectuales de que «se queden en su casa, y si quieren venir a la nuestra que lo hagan con total sinceridad, si pueden traernos desinteresadamente estas tres cosas: talento, saber y dinero». Quería decir por ahí Yvetot que estaban ya cansados de recibir consejos que, aseguraba «sólo han servido a la clase obrera, cuando los ha desconocido por completo». Cada uno en su casa, concluía. Y repetía, luego de Bakunín que: «la clase obrera sólo debe contar con ella misma». En consecuencia, Yvetot excluía de los sindicatos, a los médicos, abogados y demás profesionales.

Saturados de experiencia pasada, podemos tranquilamente estudiar ahora la cuestión, diciendo a cada uno su merecido, a fin de que cada uno evite el caer en los mismos errores.

Hubo, evidentemente, exageraciones por una parte y por otra. Asqueados por los procedimientos de los intelectuales, los proletarios se sumergieron enteramente en un **obrerismo** estrechamente concebido. En cuanto a los intelectuales, los mejores de ellos, asqueados también por la actuación de sus camaradas manuales, se retiraron a su torre de marfil, no sin acariciar la esperanza de volver a fraternizar con sus hermanos de ayer y que sólo la intransigencia unos y la incompreensión de otros, habían hecho el distanciamiento.

—o—

Los proletarios, sobre todo los encuadrados en los sindicatos políticos, no han estado siempre tan organizados como pretenden estarlo ahora. La fraseología supuestamente revolucionaria, hecha de frases huecas y de fórmulas «pasa por todo», impregnada de pedantismo—pues hay tantos pedantes entre los manuales como entre los intelectuales—, esas huelgas parciales, desencadenadas y terminadas por los politiqueros, esos mítines sin efecto, y añadid a eso la impotencia de los caudillos sindicales, junto a la estupidez de los sindicatos, sin contar la obligación para los miembros del «partido» de adherirse ciegamente a la «disciplina», son tantas y tantas razones que han indisputado a los intelectuales contra los manuales, espíritus independientes que esperaban algo mejor de la clase obrera. Pero si los manuales han cometido graves errores, de los cuales el primero ha sido, a pesar de las continuas llamadas a la disciplina, el no tener ninguna en los momentos en los cuales era necesario tenerla, cuantos intelectuales, por su lado, ¡deben hacer su **mea culpa**! Los manuales son, después de todo disculpables, pues han sido deformados por la educación que han recibido, mientras que los intelectuales, que se pretenden instruidos, y deberían poseer aunque fuera un poco de espíritu crítico, no tienen disculpa alguna. Ni aun siquiera la del ganapán. Podrían, en efecto, contentarse con poco para vivir: pero van tras de lo lujoso y lo superfluo. ¡Y tienen tantas necesidades! Para tener un autejo, castillo y doméstica, mercadean su pensamiento y se venden al mejor postor. De suerte que las dos categorías de proletarios, han hecho cuanto han podido para desacreditarse, y que, para remontar hoy la corriente, se tropieza con dificultades casi insuperables.

Es verdad que los intelectuales que habían roto con la burguesía, aunque de procedencia burguesa—mientras se ha visto a muchos manuales emburguesarse—han sentido una verdadera repulsión viendo la manera en que sus hermanos obreros reconocían los servicios que les habían hecho. No es cosa muy agradable para un escritor o para otro trabajador de la idea que habla en público, verse interrumpido por un auditor que, bajo la influencia del alcohol, no sabe lo que dice. No es menos cierto que los manuales, en presencia de las acciones de la mayoría de los intelectuales, han hecho muy mal en generalizar y no establecer ninguna diferencia entre sus verdaderos amigos y los demás. Estos intelectuales se servían del pueblo para encaramarse en el poder. Numerosos son hoy, los que se podrían citar el nombre, de los que después de haber excitado al pueblo contra la burguesía, lo han amordazado y asesinado, cuando han estado en el poder. Otros, que no hacían política alguna, han cometido la falta de hablar al pueblo en un lenguaje elevado, y se han visto profesores, por cierto muy bien intencionados, hacer en nuestras Universidades Populares verdaderos cursos de Facultad, en los cuales sólo los iniciados podían comprender alguna cosa.

Favoreciendo tales malentendidos, el abismo ha sido cada vez más y más profundo entre las categorías de trabajadores. ¡Que no exista más tal abismo, tal es nuestro deseo! Por una parte y por otra, demasiadas equivocaciones se han cometido. Todos los trabajadores inteligentes y sinceros deben unirse contra el enemigo común: el capitalismo. En el fondo, manuales e intelectuales no domesticados por la clase burguesa, siempre fraternizaron. Han defendido la misma causa, y están siempre listos para luchar mancomunados para que la Libertad triunfe.

—o—

Las causas del antagonismo que acabo de señalar son fáciles de ver: envidia, celos, tontería, incomprensión. Conociendo el mal, se le puede combatir. El resultado más evidente de este estado de cosas ha sido el de consolidar la omnipotencia de la burguesía que, poniendo en práctica el adagio latino: *divide et impera*, dividir para reinar, ha aprovechado—¡y de qué manera!—de tal división para realizar sus asuntos. Frente al peligro que los amenaza, un acercamiento se impone entre manuales e intelectuales, no uno de esos acercamientos ficticios dictados por el miedo, sino por un sentimiento profundo de solidaridad. ¡Ahí está solamente la salvación! Tregua pues a las discusiones pasionales, a las mezquinas querellas, siempre las mismas, y que hacen el juego al adversario. Reaccionemos y hagamos un esfuerzo para devenir mejores. Cesemos de disputarnos por vanas cuestiones personales. Ensayemos en comprendernos reuniéndonos más a menudo. Pongamos en conjunto nuestras cualidades y dejemos aparte nuestros defectos.

Todo milita en favor de un acercamiento entre manuales e intelectuales. Cuando se reflexiona tan sólo un poco, se observa la realidad, se percibe que la oposición que algunos se esfuerzan en establecer con un fin de dominación entre proletarios manuales e intelectuales es lo que hay de más ficticio. Al menor examen, se derrumba.

El simple buen sentido nos indica, en efecto, que no existe ni siquiera un frágil tabique entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Se completan. ¿No es a menudo una alegría para el intelectual que se ha sumergido largas horas en los libros, entregarse a tareas mediante las cuales el cuerpo se desarrolla y se vivifica? ¿Y no es igualmente un placer—el placer más elevado que existe—, para el manual que su trabajo ha absorbido durante el día, evadirse de él, y sumergirse en una lectura que aprende a pensar y enriquece su conciencia? ¿Es que acaso no hay en todo trabajo físico un aparte de inteligencia? ¿Es que se pretende que el obrero es una máquina incapaz de pensar? ¿Es que no se ve obligado, la mayor parte del tiempo, de hacer resaltar en su tarea, por muy humilde que sea, sólidas cualidades intelectuales: presencia de espíritu, aten-

ción, paciencia, ingenio, gusto...? Inversamente, en todo trabajo intelectual, aun el más desinteresado, ¿no entra una parte de trabajo manual? El escritor que tiene una pluma entre sus dedos, hace un esfuerzo físico, a menudo bien doloroso. Ciertas tareas son manuales e intelectuales a la vez, el cuerpo y el espíritu juegan idéntico rol. Tomemos al escultor por ejemplo. Trabaja tanto con sus manos como con su cerebro. Entre el artesano y el artista, no existe diferencia. La mano vese impotente, sin el espíritu que la orienta, y el espíritu, sin la mano ¿qué es lo que puede? Hay que combatir pues el inepto prejuicio que opone a las dos clases de trabajos.

Varios oficios exigen tanta inteligencia como habilidad. Así, en las artes de la vida, destinadas a embellecer la existencia cotidiana, ¿quién pretendería que el cerámico no es a la vez manual e intelectual? ¿Es que acaso no trabaja al mismo tiempo con las manos y con el cerebro? Se podrían citar así cientos de ejemplos. Aun el obrero que debe cumplir la tarea menos intelectual, debe sin embargo respetar ciertas reglas, obedecer a cierta lógica. No es un autómatas accionando sin discernimiento. El albañil debe saber cómo se coloca un ladrillo, y el cantonero («terrassier») cómo se cava un talud. Todo oficio manual exige, por parte de quien lo ejerce, un poco de buen sentido, o bien el trabajo saldrá mal. Hasta el mismo tendero debe poseer un poco de «juicio»... ¡para engañar («rouler») a sus clientes!

Es por demás idiota el despreciar a los obreros que son, por así decirlo, la sal de la ciudad, pues construyen nuestras casas, fabrican nuestros vestidos y nos procuran el bienestar. Y es paralelamente idiota el despreciar a los intelectuales, que hacen progresar las ideas, la ciencia y el arte, y representan—no todos, es verdad—el cerebro del planeta. Suprimid a los obreros y suprimiréis la civilización. Suprimid a los intelectuales y la barbarie se apodera del mundo. No es culpa de las diferentes categorías de trabajadores, el que trabajen con sus manos o con su cerebro, si las clases dirigentes—¡qué ironía llamar clases dirigentes a las clases incapaces de dirigirse a sí mismas!—, que patean en el mismo lugar, no encaran el progreso más que en función de su egoísmo. La supuesta civilización que nos rige, nada tiene que ver con la verdadera civilización de que manuales e intelectuales son los más altos representantes. Estos deberían entenderse para negarse a aportar más su ayuda a la supuesta civilización. Entonces la revolución se haría, y el resultado sería la transformación radical de la humanidad.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

Versión de V. Muñoz.

(Continuará.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

LA CANCION DEL DINERO

Con obsesión estúpida, con terquedad de idiotas,
idólatras del oro, los vi pasar frenéticos
cantando su canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

De irracional codicia poseídos,
brutales e impertérritos,
pasaron los idólatras del oro
desenfrenados, ébrios,
acariciando las monedas sucias
con lascivo deleite entre sus dedos
y acompañando su canción de imbéciles
con el vil asqueroso tintineo.

Pasaron los imbéciles,
enriquecidos y jamás contentos,
en su ambición estúpida, insaciable,
pobres y eternamente pordioseros;
pasaron por el mundo
tacaños y ruines y perversos,
sordos a la razón y a la justicia,
sordos a los gemidos y a los ruegos...
¡pasaron por el mundo
a su canción grosera sólo atentos!

Al esplendor del oro,
pasaron por el mundo deslumbrados y ciegos,
sin ver jamás ¡oh topos despreciables!
la riqueza infinita de lo bello;
pasaron buscadores de tesoros,
¡oh miserables réprobos!
sin ver los infinitos
que en la bondad y el bien hallan los buenos;
pasaron los imbéciles
y a toda noble exaltación, acérrimos,
su baba repugnante
soeces escupieron
cantando su canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

Pasaron los idólatras, pasaron engreídos
por la corte de miseros rastreros,
imbéciles también, que coreaban
proclamando soberbios
que era el dinero el todopoderoso,
el Dios grande y supremo...
Y consagrado el Dios a los imbéciles,
como glorioso hosanna, se alzó del orbe entero
la estúpida canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

VICENTE MEDINA.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «AUSTRAL», 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.).

ALTOLAGUIRRE. — «Antología de la poesía española».
BAROJA. — «Las inquietudes de Shandí Andia» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri», «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avinareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yarza»; «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chimista» (.).

Rómulo GALLEGOS. — «Doña Bárbara» (.); «Cantaclaro» (.); «La rebelión».

GANIVET A. — «Cartas finlandesas».

Eduardo MARQUINA. — «En Flandes se ha puesto el sol».

A. PALACIO VALDES. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riverrita» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

RAMON Y CAJAL. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

Jacinto BENAVENTE. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

V. BLASCO IBÁÑEZ. — «Cuentos Valencianos»; «Cañas y Barro» (.); «La condenada».

Julio CAMBA. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Segismunda» (.).

CONCHA ESPINA. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

ESPINOSA AURELIO M. — «Cuentos populares de España» (.).

GOGOL N. V. — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

R. MENENDEZ PIDAL. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

PEREDA J. M. de — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sabor de la tierruca»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

ZWEIG STEFAN. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

Ediciones «CENT».

«Ideario», por R. MELLA, 250 francos.

«El fascismo es la ideología del siglo veinte», por Pr. C. M. RAMA, 150 francos.

«La Grecia Libertaria», por Han RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OITICICA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

En francés. **COLECCION «POURPRE»**, 320 francos volumen sencillo.

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Koenismark».

Erskine CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monnayeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosamond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBÁÑEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalipsis».

Anatole FRANCE. — «Histoire cémique»; «L'Ile des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Epicure»; «Les contes de Jacques Tournebrouche».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'Infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnon».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.

«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.

«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

COLECCION «RECONSTRUIR».

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte. Poesía. Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid